



*JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN*

## **POESÍAS DE JUVENTUD.**

Comentario [LT1]:

-----índice-----  
¿Qué es una madre?  
    Tu madre  
    Los amigos  
    La honradez  
    El trabajo  
    Dios  
    ¡Por tu padre!  
    Recuerdo de tu primera comunión  
    A Cándida  
    Dos cartas  
    ¡Adiós!  
    Las hermanas de la caridad en la guerra  
    El destino de las flores  
    Plegaria  
    El amo  
    Patria  
    Los dichos del tío Fabián  
    Viejos soles  
    Cita  
    La mujer  
    La fuente vaquera (Balada)  
    Las hazañas de «coral»  
A la muerte de mi hurón (Elegía improvisada..., y así saldrá ella)  
    Mañanas y tardes (Sueños)  
    Suspiros  
    ¡Patria mía!  
    ¿??

=====

¿Qué es una madre?

Mi madre me dio la vida:  
mi madre arrulló mis sueños  
cuando en mi infancia querida  
soñaba el alma dormida  
con horizontes risueños.

Alzóme su amor altares,  
sembró mi vida de flores  
y un templo fueron mis lares  
al rumor de sus cantares  
y al calor de sus amores.

¡Cómo poderlo olvidar  
si ella me enseñó a marchar  
por la senda del deber,  
y ella me enseñó a rezar,  
y ella me enseñó a creer!

¡Qué dulzura tan ardiente,  
me daba su labio amante,  
cuando besaba mi frente  
con ese amor delirante  
que sólo una madre siente!

Ella me supo infundir  
esta santa fe crisitiana  
que me ha ayudado a vivir,  
y ha de ser quizá mañana  
la que me enseñe a morir.

Sus labios me la enseñaron  
y en mi mente la infundieron,  
sus virtudes la cantaron,  
sus ejemplos me la dieron,  
sus besos me la grabaron.

¡Aunque sólo le debiera  
esta fe que me infundió,  
diérame mi vida entera,  
y aun pagarle no pudiera  
el tesoro que me dio!

¡Cuántas lágrimas me evita,  
cuántos dolores me calma,  
cuántos pesares me quita  
la fe querida y bendita  
que infundieran en mi alma!

Del mundo en el ancho mar  
bogando tras el saber,  
es muy fácil naufragar  
y es muy difícil vencer  
queriendo sin fe luchar;

Acaso tú no comprendas  
lo que diciéndote estoy  
de estas mis luchas tremendas...

Mas, si no lo entiendes hoy,  
mañana quizá lo entiendas.

Siempre, siempre que he invocado  
de esa fe la santa ayuda,  
con más valor he luchado  
y mi espíritu ha triunfado  
en sus luchas con la duda.

¿Y a quién debo tal victoria  
sino a mi madre querida,  
que en el alma y la memoria  
dejóme esta fe esculpida  
como un título de gloria?

¿Y a quién, si a tu madre no,  
vas a deber tú mañana,  
cual debo a mi madre yo  
esta santa fe cristiana  
que en el alma me infundió?

¡Bendito el ser que en mi mente  
consiguió grabarla un día  
con besos de amor ardiente  
cuyo calor todavía  
me está abrasando la frente!

¡Cuántas noches de desvelo,  
cuánta lágrima vertida,  
cuánto incierto desconsuelo  
costé a la madre querida  
que en mí cifraba su anhelo!

¡Cuántas tristes aflicciones,  
cuántas hondas emociones,  
su corazón sufriría!  
¡Cuántas dulces oraciones  
junto a mi cama alzaría!

¡Cuándo podré concebir  
dolor tan hondo y tan fuerte  
como ella debió sentir,  
viéndome a mí combatir  
entre la vida y la muerte!

Di: ¿tu mente ha concebido  
lo que ella sufrió por mí?  
¡Pues ya tienes comprendido  
lo mucho que habrá sufrido  
tu amante madre por ti!

¡Ámala, pues! Y si eres  
un hijo bueno que quieres  
su amor, en parte, pagar,  
cumple todos los deberes  
que ahora te voy a enseñar.

---

Tu madre

Si en los humanos seres del mundo moradores  
hay un amor purísimo de celestial sabor,  
es el amor de madre, de todos los amores,  
el celestial, el puro y el verdadero amor.

Por eso ante los ojos del Dios omnipotente,  
no debe haber pecado ni ingratitud mayor  
que la del hijo ingrato que con amor ferviente  
no paga amor tan grande de que es filial deudor.

En el amor materno todo es pureza,  
todo es afecto tierno, todo grandeza.  
Bien ajeno a los vicios del egoísmo,  
todo él es sacrificios, todo heroísmo.

Si tú de ese amor santo ser digno quieres,  
ama a tu madre tanto como pudieras,  
porque su amor es puro, grande y sincero,  
y es noble, y es seguro, y es verdadero.

Por la santa memoria  
de tu buen padre  
ama a tus hermanitos  
y ama a tu madre;  
que al buen hermano  
y al buen hijo, Dios mismo  
les da la mano.

---

#### Los amigos

Te encontrarás mañana, si dejas de ser niño,  
amigos que protesten de su amistad leal;  
tendrás acaso muchos que fingirán cariño  
y hasta darán pruebas de afecto fraternal;

pero si tú te inspiras en mi consejo sano,  
tendrás para tratarlos una prudencia tal,  
que su amistad dañina te ofrecerán en vano,  
cuando arrastrarte quieran con su amistad al mal.

Huye del falso amigo que se enmascara,  
más que del enemigo que da la cara;  
y no uses de violencia para alejarlos,  
pero sí de prudencia para tratarlos.

Son muchos los venales y los arteros  
y pocos los leales y los sinceros.  
¡Yo no quiero contarte los que he encontrado  
porque ibas a quedarte maravillado!

Si tú encuentras alguno  
fiel y sincero,  
has de quererle tanto  
como te quiero,  
porque ese amigo  
será siempre tu hermano  
para contigo.

---

### La honradez

Jamás el puro espejo de tu conciencia sana  
empañes con la mancha de deshonrosa acción;  
jamás con las miserias de la maldad liviana  
desmientas tu cristiana y honrada educación.

Jamás en el combate del bien y la impureza  
sucumba deshonado tu noble corazón,  
ni al tentador halago de terrenal riqueza,  
ni al miserable impulso de material pasión.

La honradez es tesoro tan verdadero,  
que no lo compra el oro del mundo entero,  
pues la mayor riqueza de la existencia  
es la santa pureza de la conciencia.

El que la haya manchado de lodo inmundo,  
un hombre despreciado será en el mundo,  
y el que la haya perdido, será ante el Cielo  
réprobo maldecido más que en el suelo.

No extrañes que no premien  
en la existencia  
los sentimientos puros  
de tu conciencia.  
¡El hombre honrado  
por el Juez de los jueces  
será premiado!

---

### El trabajo

Cuando de Dios la mano sabia y omnipotente,  
puso en el mundo al hombre luego que lo creó,  
el hombre ingrato y débil fuele desobediente  
y el Creador al trabajo su vida encadenó.

Siendo, pues, el trabajo ley soberana y santa  
que el Hacedor del mundo con su poder dictó,  
debemos acatarla con reverencia tanta  
como el poder merece de quien la promulgó.

Es el trabajo fuente de la riqueza  
y aguijón diligente de la pereza;  
la ruina y los pecados más lastimosos  
son frutos obligados de los ociosos.

Si en el trabajo honrado tus miras pones,  
vivirás alejado de tentaciones,  
labrarás con tus manos tu bien futuro  
y el pan de tus hermanos harás seguro.

Honrado patrimonio  
te dio tu padre  
consérvalo y ayuda  
siempre a tu madre,

y Dios un día,  
te dará a manos llenas  
pan y alegría.

---

Dios

¿Quién es el hombre ingrato que de la mano santa  
del Dios pródigo y grande la vida recibió,  
y ante su Dios postrado los ojos no levanta  
reconociendo humilde cuanto el Señor le dio?

¿Quién es el hombre ingrato que con placer no canta  
las eternas glorias del Dios que le creó,  
y no agradece humilde misericordia tanta  
y bienes tan inmensos como Él le dispensó?

Dios les da a los que lloran dulce consuelo  
cuando su auxilio imploran con fe y anhelo:  
Y ¡ay de los descreídos que no le llaman!  
Y ¡ay de los pervertidos que no le aman!

Ante Dios de rodillas alza tus preces,  
que cuanto más te humilles, más te ennobleces;  
y ten siempre presente que el mal cristiano  
no puede ser buen hijo ni buen hermano.

Alza al cielo los ojos  
constantemente,  
sé cristiano sincero,  
sé buen creyente,  
que al buen cristiano  
Dios, que es Padre de todos,  
le da la mano.

---

¡Por tu padre!

¡Cuanta sublime belleza  
hay en la hermosa plegaria  
santa y pura,  
del huerfanito que reza  
del padre en la solitaria  
sepultura!

¡Con qué divina armonía  
sonarán sus oraciones  
en el cielo  
como eco de una alegría  
que busca a las aflicciones  
un consuelo!

Los ángeles al oírlos,  
con voces mil ideales  
le harán coro,  
para ante Dios repetirlas  
al son de sus celestiales  
arpas de oro.

Y el Dios Grande y Soberano,  
coronado por millares  
de luceros;  
el que con su sabia mano  
trazó a los revueltos mares  
sus linderos;

el que desgaja los montes  
e incendia con las centellas  
el espacio,  
y pinta los horizontes  
con tibias auroras bellas  
de topacio;

el que, con mano potente,  
va los ejes gobernando  
de la tierra;  
el que despeña el torrente  
que desciende rebramando  
de la sierra;

el que riza suavemente  
las ondas del claro río  
bullicioso,  
o le ordena de repente  
que se desborde bravío  
y espumoso;

el que bañó de colores  
las alas de las bullentes  
mariposas,  
y dio a la brisa rumores  
y aguas puras a las fuentes  
bulliciosas;

el que corona de nieve  
las más altivas montañas  
de la tierra,  
y cuida el átomo leve  
perdido entre las entrañas  
de la sierra;

el que encierra en las semillas  
gérmenes fecundadores  
diminutos,  
incógnitas maravillas  
de donde surgen las flores  
y los frutos;

el que dispone del freno  
del rayo de la tormenta  
destructor,  
y apaga la voz del trueno  
que en el espacio revienta  
con fragor;

el que selvas y jardines  
pobló de divinos coros  
trinadores,

de pintados colorines  
y de pardos y canoros  
ruiseñores;

el Dios que lo mismo cuida  
del insecto que en la tierra  
yace hundido,  
que del águila atrevida  
que en el peñón de la sierra  
cuelga el nido;

el que a las flores dio aromas,  
y a los arroyos corrientes  
placenteras,  
y dio arrullo a las palomas  
y rugidos estridentes  
a las fieras;

el que cuajó de topacios  
las tibias auroras bellas  
purpurinas,  
y salpicó los espacios  
con una lluvia de estrellas  
diamantinas;

el Dios de existencia eterna  
que, con gran sabiduría  
providente,  
rige, conserva y gobierna  
la universal armonía  
sorprendente;

el que es la Suma Belleza  
y es la Razón Soberana  
de la vida;  
el que es la Suma Grandeza  
jamás por la mente humana  
concebida...

¡Ese gran Dios soberano  
bendice las oraciones,  
siempre puras,  
del huerfanito cristiano  
que llora sus aflicciones  
prematargas!

¿Ves qué sublime grandeza  
hay en el ruego inspirado  
y afligido  
del huerfanito que reza  
por el padre idolatrado  
que ha perdido?

¿Soñaste mayor grandeza  
que la de ser bendecido  
por la mano  
que en la gran naturaleza  
de su poder ha vertido  
sólo un grano?



¿Soñaste mayor consuelo  
para calmar aflicciones  
y agonías  
que el de saber que en el cielo  
se escuchan las oraciones  
que a él envías?

Reza, pues, querido amigo,  
y de tu padre venera  
la memoria:  
que yo rezaré contigo  
por la paz dulce y eterna  
de su gloria.

¡Reza, reza con tu madre  
y de su alma solitaria  
sé el consuelo!  
¡Reza, que tu pobre padre  
benedicirá tu plegaria  
desde el cielo!

---

Recuerdo de tu primera comunión

¿Cómo podré yo pintarte  
prueba tan grande de amor?  
¡Cómo podré yo expresarte  
la gran bondad del Señor  
que ha venido a visitarte?

¿Dónde podré yo encontrar  
acentos para un cantar  
de celestial armonía,  
si el son de la lira mía  
no puede hasta Dios llegar?

¿Cómo he de poder cantar  
lo que no sé comprender?  
¿Cómo he de poder pintar  
lo que me puede cegar  
con la luz de su poder?

El Dios que quiso crearte  
ha querido a Él acercarte,  
y quiere junto a Él tenerte,  
y quiere santificarte,  
y quiere hijo suyo hacerte.

¿Qué lira puede cantar,  
qué pincel puede pintar  
ni qué corazón medir  
la prueba de amor sin par  
que acabas de recibir?

Ni la puedes comprender,  
ni la puedes merecer,  
mas di humillado «¡Señor!,  
¡eres grande en tu poder,

pero más grande es tu amor!

No te ha bastado lavarme  
de mi culpa en el Calvario,  
y ahora vuelves a llamarme  
desde un humilde Sagrario  
sólo por santificarme.

Si causa de tu Pasión  
fue mi redención primera,  
sea esta santa comunión  
mi segunda redención  
y mi redención postrera.

¡Hazme bueno; hazme cristiano;  
no apartes de mí tu amor,  
no apartes de mí tu mano,  
que yo prometo, Señor,  
ser buen hijo y buen hermano!»

---

A Cándida

I

¿Quieres, Cándida saber  
cuál es la niña mejor?  
Pues medita con amor  
lo que ahora vas a leer.

La que es dócil y obediente,  
la que reza con fe ciega,  
con abandono inocente.  
la que canta, la que juega.

La que de necias se aparta,  
la que aprende con anhelo  
cómo se borda un pañuelo,  
cómo se escribe una carta.

La que no sabe bailar  
y sí rezar el rosario  
y lleva un escapulario  
al cuello, en vez de un collar.

La que desprecia o ignora  
los desvarios mundanos;  
la que quiere a sus hermanos;  
y a su madrecita adora.

La que llena de candor  
canta y ríe con nobleza;  
trabaja, obedece y reza...  
¡esa es la niña mejor!

II

¿Quieres saber, Candidita,

tú, que aspirarás al cielo,  
cuál es perfecto modelo  
de cristiana jovencita?

La que a Dios se va acercando,  
la que, al dejar de ser niña,  
con su casa se encariña  
y la calle va olvidando.

La que borda escapularios  
en lugar de escarapelas;  
la que lee pocas novelas  
y muchos devocionarios.

La que es sencilla y es buena  
y sabe que no es desdoro,  
después de bordar en oro  
ponerse a guisar la cena.

La que es pura y recogida,  
la que estima su decoro  
como un preciado tesoro  
que vale más que su vida.

Esa humilde jovencita,  
noble imagen del pudor,  
es el modelo mejor  
que has de imitar, Candidita.

### III

¿Y quieres, por fin, saber  
cuál es el tipo acabado,  
el modelo y el dechado  
de la perfecta mujer?

La que sabe conservar  
su honor puro y recogido:  
la que es honor del marido  
y alegría del hogar.

La noble mujer cristiana  
de alma fuerte y generosa,  
a quien da su fe piadosa  
fortaleza soberana.

La de sus hijos fiel prenda  
y amorosa educadora;  
la sabia administradora  
de su casa y de su hacienda.

La que delante marchando,  
lleva la cruz más pesada  
y camina resignada  
dando ejemplo y valor dando.

La que sabe padecer,  
la que a todos sabe amar

y sabe a todos llevar  
por la senda del deber.

La que el hogar santifica,  
la que a Dios en él invoca,  
la que todo cuanto toca  
lo ennoblece y dignifica.

La que mártir sabe ser  
y fe a todos sabe dar,  
y los enseña a rezar  
y los enseña a crecer.

La que de esa fe a la luz  
y al impulso de su ejemplo  
erige en su casa un templo  
al trabajo y la virtud...

La que eso de Dios consiga  
es la perfecta mujer,  
¡y así tienes tú que ser  
para que Dios te bendiga!

---

#### Dos cartas

I

¡Hijito del alma mía!  
Anoche un sueño terrible  
me hizo asistir al horrible  
martirio de tu agonía.

¡Tremendas cosas soñé!  
Soñé que el hijo querido  
diome sin pena al olvido  
y apostató de su fe.

Y presa de horrible espanto  
te vi despertar, hijito,  
de ese colegio bendito  
donde se aprende a ser santo.

Y loca, al verte manchado,  
bajé a buscarte al abismo,  
al fangal, al antro mismo,  
donde se encueva el pecado.

Sin Dios, sin madre y sin fe,  
¡qué solo estabas allí!  
Muerta de miedo te vi,  
loca de amor te llamé.

Y la manada maldita  
de aquellas bestias salvajes  
llenó de injurias y ultrajes  
a la infeliz viejecita.

Después, en mi desvarío,

soñé que un sayón de aquellos  
me arrastró por los cabellos,  
¡que son blancos, hijo mío!

Y tú, de la turba en pos,  
ibas riendo... ¡Te ví!...  
¡Te oí maldecirme a mí!  
¡Te oí blasfemar de Dios!

Y al despertarme exclamé:  
«¡Que muera el hijo, gran Dios;  
pero llevádmelo Vos,  
que para Vos lo crié!...»

Perdona a tu madrecita  
si ha soñado el desatino  
de que eras el asesino  
de tu pobre viejecita.

¡Delirios!... Sabe tu amor  
que tengo en el alma frío  
y sólo vivo, hijo mío  
de tu cariño al calor.

Muerta el alma de tristeza,  
seca de llanto la fuente,  
llena de arrugas la frente,  
blanca la débil cabeza,

trémula la pobre mano  
que estos renglones escribe,  
soy una muerta que vive  
al sol de un amor lejano.

Tú eres mi sol, hijo mío,  
y mientras él me caliente  
podrá haber frío en mi frente,  
¡en mis entrañas no hay frío!

## II

Besando estoy madre mía,  
tu carta de angustia lleno.  
Si por Dios no fuera bueno,  
sólo por ti lo sería.

Jamás amarguen tu amor  
esas quimeras extrañas;  
el hijo de tus entrañas  
vive en la fe del Señor;

y de ella y con ella lleno,  
ni aun en sueños ha salido  
de ese colegio querido  
donde se aprende a ser bueno

.....  
Por eso en esta mansión  
toda frase es caridad,

todo suspiro es piedad,  
todo arrullo es oración.

¿Y tú quizá lo dudaste?  
¡Ni en sueños de calentura  
no se puede fingir locura  
mayor que la que soñaste!

Labios que tú has de besar  
no podrán nunca verter  
blasfemias de Lucifer,  
palabras de lupanar.

Yo, que ante Dios lo he jurado,  
hoy lo juro ante mí mismo:  
¡No bajarás tu al abismo  
buscando al hijo manchado!

¿Soñaste que el mundo vano  
hízome impío? ¡Quimera!  
Si yo en tus brazos muriera,  
¡vieras morir a un cristiano!

¿Soñaste verme de fijo  
romper de tu amor los lazos?  
Si yo muriera en tus brazos,  
¡vieras morir un buen hijo!

Perdono a mi madrecita  
si ha soñado el desatino  
de que yo era el asesino  
de mi amada viejecita.

Y dejaréla decir,  
ya que es ese su placer,  
que el calor de mi querer  
la está ayudando a vivir.

¡Así vivimos los dos!  
Por eso el día tremendo  
en que mi ruego no oyendo  
me deje sin madre Dios,

Dios ha de ver cómo escribo  
sobre la tumba sombría:  
«Cuando esta madre vivía,  
no estaba muerto este vivo.»

No sospeches, madrecita,  
que mi espíritu atormentas  
cuando en tus cartas me cuentas  
lo que te aflige y te agita.

Yo olvidaré de una vez  
esas tus locas visiones,  
que no son más que aprensiones,  
ternuras de tu vejez...

Pero, en cambio, yo te exijo

que tú también las olvides,  
que te alegres, que te cuides,  
¡que no llores por tu hijo!

Porque ¡ay de él si de tristeza  
se le muere, estando ausente,  
la de la blanca cabeza,  
la de la arrugada frente!

---

¡Adiós!

(A la memoria de mi querido  
discípulo Nicomedes Martín.)

¡Discípulo inolvidable,  
alma hermana de la mía,  
bendito sea adorable  
por quien mi pecho sentía  
cariño tan entrañable!...

Ángel que al mundo bajaste  
dentro de un cuerpo de niño,  
¿por qué tan pronto dejaste  
la vida donde encontraste  
para ti tanto cariño?

¿Por qué a tus padres queridos  
dejaste tan afligidos  
con tu muerte prematura,  
que los tienes sumergidos  
en tan tremenda amargura?

¿Por qué me dejaste a mí  
si sabías que tenía  
yo tanto amor para ti  
que el alma herida sentí  
cuando vi que te perdía?

Yo te enseñaba a querer,  
yo te enseñaba a marchar  
por la senda del deber,  
yo te enseñaba a rezar,  
yo te enseñaba a creer.

Y en tu alma pura y sencilla,  
dócil como una paloma,  
brotó tan santa semilla  
como de una florecilla  
brota el purísimo aroma.

Tal vez extrañe, el que ignore  
lo mucho que me querías,  
que tanto tu muerte llore  
y que por ella hoy devore  
secretas melancolías.

Mas si el testimonio invoco  
de aquel cariño tan santo  
cuyo recuerdo hoy evoco,

¿qué extraño es que llore un poco  
quien supo quererte tanto?

¡Pobre mártir inocente!  
¡Con qué dolor tan profundo,  
con qué ansiedad tan ardiente  
besé tu serena frente  
cuando dejaste este mundo!

¡Con qué dolor te veía  
sufriendo el atroz tormento  
de tu bárbara agonía  
sin poder el alma mía  
darte vida con su aliento!

¡Y qué consuelo he sentido  
pensando en que he recogido  
cuando estabas ya expirante  
el leve postrer latido  
de tu corazón amante!

¡Y al acabar con la muerte  
de tu dolor el calvario,  
qué consuelo fue ponerte  
mi bendito escapulario  
sobre tu pecho ya inerte!

¡Tristes momentos aquellos!  
Como recuerdo de ellos  
conservo, cual rica alhaja,  
una cinta de tu caja  
y un mechón de tus cabellos.

Y así podré de esta suerte  
tener, cual prenda querida  
de lo que supe quererte,  
un recuerdo de tu vida  
y un símbolo de tu muerte.

En estos pobres renglones  
para tus padres escribo  
mis secretas impresiones,  
que acaso en sus aflicciones  
les sirvan de lenitivo;

porque el recuerdo incesante  
de que tú fuiste en el mundo  
un ángel y un hijo amante,  
será un consuelo constante  
para su dolor profundo.

¡Dios hizo bien al llevarte!  
¡Bien hago yo si a tu muerte  
quiero esta deuda pagarte!  
¡Si vivo supe quererte,  
muerto, debo de llorarte!

¡Dios hizo bien!... Sólo escoria  
y miseria es lo que encierra



esta vida transitoria.  
¡Los ángeles de la tierra  
deben marcharse a la gloria!

---

Las hermanas de la caridad en la guerra

Ángeles que a la tierra  
Dios os envía;  
la patria os divinice,  
ella os bendiga  
yo no soy digno  
ni de cantar siquiera  
vuestro heroísmo.

Pero yo lo calculo,  
yo lo comprendo,  
y en el fondo del alma  
yo lo venero.  
¡Oh, cuántas veces  
me hacéis llorar a solas,  
santas mujeres!

¡Qué pequeño es el hombre  
cuando contempla  
desde el mundo egoísta  
vuestra grandeza  
¡Oh, qué pequeño,  
cuando os miro a vosotras,  
yo me parezco!

El héroe enardecido  
que por la patria  
derrama en el combate  
su sangre honrada,  
es noble, es grande;  
mas la patria lo ordena,  
¡y él da su sangre!

Pero ¿quién a vosotras  
os ha pedido  
vuestro largo calvario  
de sacrificio?  
¿Quién os obliga  
a inmolar por la ajena  
la propia vida?

¿Quién os lleva arrastradas  
adondequiera  
que haya abiertas heridas  
que nadie cierra,  
y haya amarguras,  
y haya lágrimas tristes  
que nadie enjuga?

¿Quién os lleva a vosotras,  
mujeres santas,  
a endulzar agonías  
desesperadas,

y a dar consuelos,  
y a rezar por los vivos  
y por los muertos?

¿Quién es que os ha lanzado,  
humanos ángeles,  
en medio del estruendo  
de los combates,  
donde los hombres  
luchan y se destrozan  
como leones?

¿Quién os manda a vosotras,  
pobres mujeres,  
i a cerrar los ojos  
de los que mueren,  
y a ser las madres  
de los que lejos de ellas  
viertes su sangre?

¿Quién os lleva a la cumbre  
del heroísmo?  
¿Quién os da fortaleza  
para el martirio?  
¿Quién os obliga  
a inmolar por la ajena  
la propia vida?

Lo sé, santas mujeres:  
vuestro heroísmo  
es el de los amantes  
hijos de Cristo,  
¡No hay quien lo niegue!  
¡La caridad cristiana  
todo lo puede!

---

El destino de las flores

I

La mano de un caballero,  
de un caballero mundano,  
cortó una orquídea preciada,  
que en el tibio invernadero  
del gran parque cortesano  
creció cual niña mimada.

Y la llevó a los salones  
donde, entre danzas y gritos,  
la fiesta mundana hervía  
con todas las tentaciones  
y todos los apetitos  
que Satanás encendía.

«¡A la reina del placer!»,  
dijo el gentil caballero,  
y ufano la flor le dio  
a una elegante mujer  
que con talante altanero

sobre el seno la prendió.

La ardiente atmósfera henchían  
brillantes luces que herían  
y aromas embriagadores,  
y pláticas seductoras,  
y cascadas de colores,  
y músicas tentadoras...

Y aquella flor delicada  
sólo por brisas mecida  
que ella de aroma empapó,  
ahora danzaba asfixiada  
por la atmósfera encendida  
que su perfume sorbió.

Su muerte, ¡qué triste fue!  
Ciega de rabia y despecho  
por celos de no sé qué,  
su altiva dueña, irritada,  
se la arrancó de su pecho  
y al suelo arrojóla airada.

Y dos o tres caballeros  
distráidos y altaneros  
que platicando pasaron,  
con sus pies la mancillaron,  
y se alejaron ligeros  
¡y muerta allí la dejaron!

## II

La mano de un caballero,  
de un caballero cristiano,  
cortó en el huerto una rosa  
y al templo fuese ligero,  
llevando alegre en la mano  
la flor fragante y hermosa.

«¡A la Reina de los cielos!»,  
dijo el hidalgo cristiano,  
dechado de fe sencilla;  
y ardiendo en santos anhelos,  
la puso a los pies, ufano,  
de la Reina sin mancilla.

El tibio ambiente llenaban  
efluvios que a campo olían,  
cantos que de amor hablaban,  
suspiros que el aire hendían,  
bendiciones que bajaban  
y plegarias que subían...

Y la flor encantadora  
que el ambiente transparente  
del huerto esenciara tanto,  
de esencia llenaba ahora  
otro purísimo ambiente

que, a más de puro, era santo.

Su muerte, ¡qué deliciosa!  
de humo de incienso un jirón  
llevó a la mansión gloriosa  
el rumor de una canción  
con la última exhalación  
el perfume de la rosa.

Caballero distraído  
que trasplantar tu hija quieres  
del jardín de tus amores,  
no des jamás al olvido  
que es como el de las mujeres  
el destino de las flores.

---

Plegaria

Bajo tu amparo, Señor,  
pongo mis hijos queridos.  
Tú serás el protector  
de estos ángeles dormidos  
que ídolos son de mi amor.

Entrego a tu Providencia  
los hijos de mis entrañas.  
¡Cuidame de su existencia  
Tú que me los acompañas  
en su sueño de inocencia!

Y si consientes que un día  
queden sin padre y sin madre,  
en tu amor mi fe confía;  
¡dales por Madre a María

---

El amo

El monte era feraz, hermoso y grande;  
la casa, alegre y blanca;  
la gente, vívidora;  
sanos los cuerpos, vírgenes las almas,  
cadencioso el vivir, sereno el tiempo,  
honda la paz y la existencia larga.  
El mejor de los mundos se veía  
desde las puertas de la alegre casa  
y el pedazo más puro de los cielos  
sobre el dulce rincón se dilataba.  
¡Quién el alma de un ángel,  
quién me diera un pincel, quién unas alas  
para del cielo en el divino lienzo  
pintar el campo que debajo estaba,  
que hay pedazos del mundo que podrían  
servir al cielo de divina entrada!  
¡Qué hermosa, qué tranquila  
la alquería feliz de Casablanca!  
No quiso Dios que con salvajes gritos  
los mares la arrullaran,

ni que aquellas riberas del silencio  
lamiesen bravas aguas;  
que es la lengua del mar lengua de fiera  
que lame torva, al domador las plantas;  
que el arrullo del mar es resoplido  
de león que descansa  
y de allí donde Dios vierte quietudes  
aleja las borrascas,  
porque ellas siempre nublarán los cielos,  
y enturbiarán las aguas,  
y troncharán las flores,  
y afligirán las almas.  
Ni puso en la alquería  
las tremendas grandezas soberanas  
de las cerradas tenebrosas selvas,  
los tajos sin hondón de las montañas,  
los ríos caudalosos de aguas turbias;  
las monstruosas cordilleras pardas,  
la muerte gris de los desiertos grandes,  
la vida sorda de las sierras bravas.  
¡Señor, cuán otra hiciste  
la alquería feliz de Casablanca!  
¿Para qué más arrullos que el suave  
del aire aquel que por los montes pasa,  
o del ronco pichón enamorado  
con un amor que su pechuelo inflama?...  
¿Y cuáles como aquellas  
frescas y puras, saludables aguas  
del manso regatuelo  
que cruza la pradera solitaria  
con música de paz, ritmo asonante  
que parece celeste canto de almas?  
¿Y qué mayor grandeza  
que la que humildes guardan  
una del soto madre selva virgen  
o una del prado margarita blanca,  
una canción de pájaro en amores,  
un germen microscópico que estalla...?  
¡Qué feliz es la vida de los buenos,  
y viviéndola allí, cuán sosegada!  
El tiempo venidero se aproxima  
cantando la canción de la esperanza  
y recita al pasar sobre nosotros  
el himno lleno de la vida honrada...  
¡Qué bello es el ayer que atrás murmura  
sólo memorias gratas!  
¡Qué sabroso es el hoy en Dios vivido,  
y qué consolador es el mañana!...

---

Patria

I

Vieja España, gloriosa madre santa,  
¿para qué requerir tu hermosa historia,  
si hasta el hijo más rudo que hoy te canta  
la conserva esculpida en su memoria?  
¿Y cómo tanta gloria

cómo grandeza tanta,  
sin profanarlas celebrar podría  
la voz de mi garganta  
y el sordo acento de la lira mía?

La madre de los grandes heroísmos,  
la que descubre los ignotos mundos  
que el Señor escondió tras los abismos  
de los mares profundos;  
la que de aquellos mundo ignorados  
fue con Dios cual segunda creadora,  
y, dándoles después con sangre escrita  
la ejecutoria de su fe bendita,  
fue con Cristo segunda redentora...

La que al ver profanado  
por razas delirantes de ambiciones  
este viejo solar immaculado,  
pujantes engendró generaciones  
de hijos como leones,  
y siete siglos de guerrero empeño  
costóle una victoria,  
que esculpió en las entrañas de la Historia  
una epopeya que parece un sueño;  
la que a la mar bajo la cruz se hiciera  
cuando la armada muchedumbre fiera  
de la barbarie y la impiedad rugiendo,  
fuerte sintióse y avanzó guerrera  
las turbias olas de la mar hendiendo,  
y en lucha horrible, admiración y espanto  
del amagado mundo estremecido,  
le dio la sepultura del vencido  
en las aguas sagradas de Lepanto:  
la noble madre que engendró admirables  
legiones incontables  
de reyes, caballeros,  
sabios gobernadores,  
intrépidos guerreros,  
santísimos varones que han poblado  
los altares divinos,  
portentosos ingenios peregrinos  
que la vida inmortal nos han robado...;  
la nación que tuviera  
del mundo en el rincón más apartado  
sobre cada ciudad una bandera;  
la que a la Historia hiciera  
grabar en cada página una hazaña,  
la que ayer soberana y grande era,  
la que ahora está caída..., ¡esa es España!

## II

¿Qué dolientes gemidos  
llegan a mis oídos?  
Varón inconsolable, ¿por qué lloras?  
¿Lloras, di, porque el hado,  
porque los vientos de contraria suerte  
trajeron a la Patria a tal estado?

Pues el hijo amoroso, el hijo fuerte,  
que a la madre adorable ve caída,  
no con gemido vano  
la contemple afrentada y dolorida:  
¡tiéndale pronto la robusta mano  
y derrámele bálsamo en la herida!

Tú puedes, ciudadano,  
prestarle nueva vigorosa vida,  
si esas míseras lágrimas que viertes  
en gotas de sudor, cual yo, conviertes  
por la doliente Patria empobrecida.

¿No la ves otra vez ir resurgiendo  
del fondo del abismo,  
donde la hundiera el trepidar horrendo,  
del fiero cataclismo?  
¡Arriba el corazón! ¡Lucha y espera!  
Mira cuál su recinto van poblando,  
de frontera a frontera,  
formidables ejércitos izando  
la gloriosa bandera.  
Mira cómo a sus mares  
las gentes de sus puertos van lanzando,  
repletos de pertrechos militares,  
monstruos de guerra henchidos  
de inúmeros soldados aguerridos,  
gigantescos castillos animados,  
donde cada guerrero es una roca,  
cada mástil cien fuertes almenados,  
y el cráter de un volcán cada ancha boca  
de sus férreos costados...

Mira qué apresuradas,  
qué llenas de vitales energías  
las naves de la paz, abarrotadas  
de ricas mercancías,  
navegan por estelas no borradas.

¿No ves flotar debajo  
del ancho cielo puro  
de ciudades, de pueblos y de aldeas,  
el hálito solemne del trabajo,  
que surge denso, nublador y oscuro,  
de bosques de gallardas chimeneas?  
Escucha el vigoroso  
robusto trepidar de los talleres;  
mira a Mercurio rico y laborioso  
moviendo las ciudades afanoso;  
mira en el campo, coronada, a Ceres.

¿No ves cómo la sierra  
van los hombres a palmo conquistando?  
¿Cómo le van robando  
mantas de abrojos, túrdigas de tierra,  
y en ella escalonando  
por sabias sucesivas regulares  
precoces huertecillos siempre frescos,  
azules olivares,

fructíferos viñedos pintorescos  
y pomposos oscuros castañares?  
Mira cómo coronan las alturas  
de los antes escuetos horizontes,  
grandes masas oscuras  
de hoscos, feraces y apretados montes.  
Mira cómo aprisionan en sus vías  
aquel río que riega  
por miles de minúsculas sangrías  
lo que era estéril arenosa vega...;  
mira cómo descansa  
y un momento parece que dormita  
delante de la presa en que remansa,  
y cómo desde allí se precipita,  
moviendo con su fuerza prodigiosa  
los miembros de la vida laboriosa,  
molinos y lagares,  
batanes y telares,  
y fábricas de luz maravillosa...;  
cuenta, cuenta, si puedes, los millares  
de hijos que la enriquecen  
del rudo trabajar con las conquistas;  
mira cómo la ilustran y embellecen  
sus legiones de sabios y de artistas,  
y cómo sus valientes capitanes,  
émulos de las glorias  
de Pelayos, Rodrigos y Guzmanes,  
van logrando que en tierras extranjeras,  
al vernos bravos sacudir la muerte,  
saluden con respeto las banderas  
del pueblo del honor, otra vez fuerte.

¿Dices que sueño? ¡Y mientras tenga vida  
soñando seguiré mi hermoso empeño!  
Pues dí, pobre suicida:  
la historia de esta Patria, hoy afligida,  
¿No te parece, por sublime, un sueño?  
Si no quieres traer a la memoria  
las viejas epopeyas de esa historia,  
deja que duerman en el tiempo hundidas  
el sueño de la gloria;  
pero dile a tu padre que te cuente  
cosas vistas y oídas  
en su plácida edad de adolescente.

¿Tú no sabes que ayer atravesaron  
las sagradas fronteras  
y el solar del honor locas hollaron  
enemigas legiones extranjeras?

¡Oh, qué lucha tan épica! ¡Oh qué brava!  
Y el padre de tu padre, ¡qué valiente!,  
qué delirante de furor luchaba,  
cual todos sus hermanos,  
descubierta la frente a los tiranos,  
los pechos sin escudos,  
sin armas casi en las honradas manos;  
¡los leones también luchan desnudos!



Escarba el patrio suelo dondequiera,  
y verás que es inmensa tumba fría  
de la gente extranjera,  
que ciega osara profanarle un día.

¿Y dudas todavía  
del honor español? ¡Desventurado!  
¿Ignoras que la España que ha llenado  
con Sagunto y Numancia  
la historia de pretéritas edades,  
cuyo recuerdo engríe y alborozó,  
es la misma que hoy cuenta con ciudades  
que se llaman Gerona y Zaragoza?

¡Zaragoza y Gerona!... ¿No palpita  
tu corazón a la esperanza abierto?  
Si el frío no te agita  
de lo sublime, ¡oh desdichado!, has muerto.

¿Por ventura en la Patria no has nacido  
donde siempre luchando se ha vivido  
y en el puesto de honor de los deberes  
los hombres a cejar no han aprendido,  
ni a llorar las mujeres?

¿Y ante tanta patriótica nobleza,  
no te sientes de orgullo estremecido,  
ni aspiras del martirio a la grandeza?  
¿Y al suelo inclinas la cobarde frente?  
¿Y aún la duda te mueve la cabeza?  
¿Y sigues pusilánime, impotente,  
llorando todavía?  
¡Tú no eres hijo de la Patria mía!

---

#### Los dichos del tío Fabián

Pues, señor, el otro día  
vino un tío a visitarme  
y sigue con la manía  
de venir a marearme.

Con su charla singular  
la sangre misma me enciende;  
charla y charla sin cesar,  
¡pero cualquiera lo entiende!...

Tiene él un prado inmediato  
a una linda huerta mía,  
y ayer fui a su casa un rato  
a ver si me lo vendía.

«Tío Fabián, vamos a ver  
-le dije con claridad-:  
¿usted me quiere vender  
el prado de la hermandad?»

«Si lo vende, hago una puerta  
para mi huerta lindante,

mas si usted quiere mi huerta,  
yo se la vendo al instante.»

El tío Fabián sonrió,  
con aire ufano y sencillo:  
después tosió, se rascó  
y escupió por el colmillo.

Y echando al fuego unos palos,  
me contestó el tío Fabián:  
«que los tiempos andan malos...;  
que patatín..., que patatán...».

«Deje esa palabrería  
y piense bien la cuestión:  
¿quiere usted la huerta mía?  
La vendo sin dilación.

«Las dos fincas valen poco,  
más pudiéndolas juntar,  
resulta, o yo me equivoco,  
una finca regular.»

Y con palabra calmosa  
el tío Fabián se resuelve  
a decir: «Que esa es la cosa,  
que torna..., que vuelve...»

«Dígame usted sin rodeos  
cuáles son sus intenciones  
y cuáles son sus deseos,  
proyectos y aspiraciones.

«Claridad pretendo yo  
y usted en divagar se empeña;  
¡pero dígame sí o no  
como Cristo nos enseña?»

Y el tío Fabián sin piedad,  
de mis casillas me saca  
diciendo que es la verdad...,  
«que toma..., que daca...»

«¡Ay tío Fabián, concretemos,  
y entendámonos, por Dios,  
o locos nos volveremos  
de esta manera los dos!»

«En forma clara y abierta  
la cuestión le he planteado:  
o me vende usted el prado  
o me compra usted la huerta.»

«Y si nada ha de querer,  
dígame sin vacilar  
que no quiere usted vender  
y no quiere usted comprar.»

Pues tras estos alegatos

diciéndome el hombre sale,  
que donde hay hombres, hay tratos...,  
«que zumba... que dale».

«Si eso está bien, tío Fabián;  
mas es charlar tontamente,  
y yo no sé a qué ese afán  
de salir por la tangente.

«Yo me traigo mis cuartitos  
si es que el prado he de comprar,  
y nombrando dos peritos  
que lo vayan a tasar.»

Pero el tío Fabián me ataja  
diciendo con gran trabajo  
que su prado es una alhaja...,  
«que arriba... que abajo...».

«Yo pagaré lo que valga  
si el prado tan bueno es;  
pero, por Dios, no me salga  
con otra tecla después.

«Eso del valor del prado  
los peritos lo dirán  
y es asunto terminado;  
¿comprende usted, tío Fabián?»

Y el tío Fabián no comprende  
y dice que *velal*...  
que la gente así se entiende...  
«que por aquí... que por allí...».

«¡Cuidado que es pesadez!  
tío Fabián, tengo que irme;  
dígame usted de una vez  
lo que tenga que decirme.

«Usted está en las Batuecas,  
pero a ver si ahora me entiende;  
contésteme usted a secas:  
¿vende el prado o no lo vende?»

Y contesta el muy pesado  
que hogaño ha *criao* en el prado  
la miaja *e ganao* y el potro...,  
«que por este lado..., que por el otro...»

Pero ¿usted no puede hablar  
de forma más apropiada?  
¡sí eso es charlar por charlar,  
y charlar sin decir nada!...

«No hay más tiempo que perder:  
el prado lo compro yo.  
¿Me lo quiere usted vender?  
¿Qué dice usted: sí o no?»

Y el hombre dice que el prao  
se lo compró él a un sobrino...;  
que fue medio *regalao*...,  
que si fue..., que si vino...»

«Tío Fabián, me voy a ir,  
y perdone si le ofendo,  
pero no puedo sufrir  
esa charla que no entiendo.»

«Quedamos en eso, ¿eh?  
¿Me venderá usted el prado?  
¿No es eso? ¿Qué dice usted?»  
Y al verse el hombre acosado,

me dice con mucha flema  
que se lo dirá a la tía...  
y que esa es la su sistema...,  
«que ya vería..., que ya vería...»

---

#### Viejos soles

El sol que nos alumbra ya es muy viejo.  
Las primeras auroras  
que pintó su purísimo reflejo  
fueron del tiempo las primeras horas,  
del universo el inicial bosquejo.

En el centro del mundo planetario,  
uno en sus leyes y en grandeza vario,  
la Eterna Voluntad que lo creara  
encendió la del sol rica lumbrera  
y le dijo a su fuego que radiara,  
y le dijo a su luz que presidiera.

¡Soberano nació! Su vasto imperio  
las fronteras hundía  
más allá de la ignota lejanía  
que toca las riberas del misterio.

El ámbito vacío,  
que abismo fuera de negrura y frío,  
brillaba, rutilante,  
sus senos al sentir de vida llenos,  
desde que aquella atravesó sus senos  
luz meridiana que vibró radiante.

Mundo sin luz en derredor girando  
del mundo de la luz lo circuían,  
y en su luz se bañaban, volteando,  
y el calor del vivir en él bebían.

Y en esta tierra que ayer llamé gigante,  
y hoy un ruin átomo errante,  
ayer edén riente,  
y hoy pobre cárcel de la humana gente,  
también por las de Dios leyes secretas  
reducida a perpetua servidumbre,

rodó con el cortejo de planetas  
en derredor de la encendida lumbre.

Rey era el sol de inmenso poderío,  
y los mundos que pueblan el vacío  
le siguieron, humildes servidores...  
¿Y quién iba a robarle el señorío  
que le diera el Señor de los señores?

¡Humanas criaturas!  
Si en el silencio de las noches puras  
visteis el cielo atravesar ligeras,  
rasgando sus negruras,  
y vuestros ojos con su luz cegando,  
estrellas de encendidas cabelleras  
que torrentes de luz van arrastrando...

Globos incandescentes,  
que llevan en sus nimbos y en sus senos  
fulgores de relámpagos ardientes  
y estrépitos de truenos...

Puntos de luz ignotos  
que el cielo rayan con violácea estela  
cuando hienden los ámbitos remotos  
por donde solo el pensamiento vuela...

Bengalas siderales  
que parodian del sol los resplandores,  
bellísimas auroras boreales  
que los cielos inundan de colores...

¡No os deslumbréis, humanas criaturas!  
¡No las estelas persigáis impuras  
de fantasmas que pasan velozmente  
sin órbitas seguras!...

Que no son ellos pedestal ingente  
de los muchos que pueblan las alturas,  
que no son ellos de la luz la fuente,  
que no son fuego incubador de vida,  
ni naves son con salvador oriente  
y hospitalaria playa conocida...

¡Son efímeros mundos sin cimiento,  
fuegos fatuos que abrasan,  
fulgores que deslumbran un momento,  
visiones brillantísimas que pasan!...

El rey del firmamento,  
el que perenne en los espacios arde,  
es aquel que esta tarde,  
tras una apoteosis de oro y grana,  
se fue por el Poniente...  
¡El mismo que mañana  
veréis venir por el dorado Oriente!...

Nuestro sol del saber también es viejo.  
Dios lo puso en el cielo de la vida,

y alumbró su vivísimo reflejo  
la del saber región oscurecida.

Su luz bañó la hondura  
de los grandes abismos de la ciencia,  
y supimos, Señor, a cuánta altura  
deja volar la rica inteligencia,  
de una por ti vidente criatura.

Del mundo del saber las secundarias  
brillantes luminarias  
por él fecundas y brillantes fueron,  
que todas en su torno se agruparon  
y fecundo calor en él tomaron  
y luz radiante de su luz bebieron.  
Iluminado por aquella hoguera,  
el cielo del saber ¡qué bello era!

Grande y majestuoso,  
giraba en concertado movimiento  
en derredor del foco luminoso,  
que subía, subía...

Y en alas de la gran sabiduría  
lo llevaba orientado hacia el tesoro  
por órbitas de luz, del bien emblema,  
para ponerlo ante las puertas de oro  
de la Verdad Suprema...

¡Humanas criaturas!  
Si en las noches del mundo, tan oscuras,  
vierais errar veloces y encendidas,  
sin órbitas seguras,  
locas inteligencias atrevidas,  
exhalaciones de la luz impuras  
que el cielo del saber cruzan perdidas,  
¡no os deslumbréis ante esas luminarias  
dislocadas, efímeras, precarias...;  
no admiréis la mentira sorprendente  
de sus pobres grandezas ilusorias,  
ni sigáis con la mente  
sus excéntricas locas trayectorias!...

Son vagos desvaríos,  
visiones que en el tiempo se disuelven,  
miseros extravíos,  
fuegos que pasan y a lucir no vuelven...

El magnífico, el sólido, el ingente  
sol de sabiduría,  
cuya luz, cuyo fuego incandescente  
ni el mal enturbiará ni el tiempo enfría...

La cúspide, la fábrica, el asiento  
del mundo del humano pensamiento,  
el de la ciencia faro peregrino,  
el astro diamantino  
que rueda con solemne movimiento  
en derechura al eternal destino,

es el mismo de ayer. ¡Tomás de Aquino!

---

Cita

¿Dónde a rodar nos llevará mañana  
esta fuerza invisible del destino  
que en el desierto de la vida humana  
señalándonos va nuestro camino?

¿Dónde estará esperándome el pedazo  
de tierra, para mí desconocida,  
donde termine el misterioso plazo  
que haya Dios puesto en mi tranquila vida?

¿Dónde el lugar incógnito y sombrío,  
triste rincón que para mí será  
lecho de muerte, solitario y frío,  
donde mi cuerpo a descansar irá?

¿Quién podrá asegurarnos que mañana  
no puede separarnos el destino,  
con esa misma fuerza sobrehumana  
con que ayer nos lanzó por un camino?

Para ese triste e inesperado día  
dejo escrita esta página sincera  
que un capricho tal vez del alma mía  
para ti me mandó que la escribiera.

En sentido y cariñoso aviso,  
una cita ideal que darte intento,  
un capricho pueril que de improviso  
me ha venido a asaltar el pensamiento.

¿Por qué negarlo si lo estoy sintiendo?  
¿Por qué ocultarlo si al hablarte así  
alguien parece que me está diciendo  
que tú también te olvidarás de mí?

Bien sé yo que en el mundo donde vivo  
se ríen de estas íntimas ternuras,  
que el instinto grosero y positivo  
seguramente llamará locuras.

¿Qué grandezas va a haber, ni qué ideales  
en un mundo grosero y sin decoro,  
hambriento de apetitos materiales  
y sediento de goces y de oro?

¿Quién va a hablar de sus íntimos pensares  
en este mundo escéptico y grosero,  
que hasta a Dios arrojó de los altares  
para poner en ellos el dinero?

¡El oro es el que reina, sólo el oro!  
El amor, la virtud más noble y alta,  
la amistad, el honor, la fe, el decoro,  
¿valen dinero? No. ¡Pues no hacen falta!

Por dondequiera que se mire el mundo,  
¡el mismo tono gris, triste y sombrío!  
¡El mismo aspecto de desdén profundo!  
¡El mismo ambiente de egoísmo frío!...

En esta sociedad frívola y necia,  
es un hombre ridículo y extraño  
el que ve el interés y lo desprecia  
cuando viene de manos del engaño.

¿Quién que un soplo de fe tenga en el alma  
y un resto de pudor en la conciencia  
puede ir viviendo con serena calma  
entre esta criminal indiferencia?

¡Yo vivo solo! Y aunque el alma siento  
que se asfixia en el aire que respiras,  
aparento vivir en mi elemento  
en medio de esta universal mentira.

Por ese mar de corazones fríos  
voy bogando con fe y sin desalientos,  
entregado al cariño de los míos  
y embargado en mis propios pensamientos.

Perdóname si distraídamente  
dejé correr la pluma demasiado.  
¡Ha sido un desahogo conveniente  
de que muy raras veces he gozado!

¿Verdad que siempre, cuando tú seas hombre  
aunque te veas de mi lado lejos,  
te acordarás siquiera de mi nombre,  
que escrito dejo aquí con mis consejos?

¡Dios te lo premiará si así lo hicieras,  
y yo jamás tu nombre borraré  
de la lista querida de los seres  
que más he amado, y amo, y amaré.

---

#### La mujer

Cuando pueda arrancar de los infiernos  
legiones de cariátides humanas;  
cuando pueda traer de los edenes  
almas de luz con luz apacentadas;  
cuando sepa sondear el de los réprobos  
infame corazón, lleno de llagas;  
cuando sepa sentir el de los ángeles  
sentir divino de purezas diáfanas...

Cuando aprenda un idioma no creado  
para la grey humana,  
que tiene, para hablar, artificiosos  
idiomas de paupérrimas palabras,  
y no percibe músicas mejores  
que el resbalar de las corrientes aguas,



el rebullir de mañaneras brisas,  
el arrullar de las palomas candidas,  
y el dulce son de los canoros pájaros,  
y el hojear de la alameda gárrula,  
ni músicas más hórridas describe  
que el fiero aullido de la loba escuálida,  
la carcajada del siniestro cárabo,  
los alaridos de la hiena flaca,  
el silbo horrible de falaz serpiente  
y el grito ronco de feroz borrasca...

Cuando aprenda a vibrar todos los rayos  
de la tremenda maldición que mata  
los gérmenes maléficos  
que anidan en las llagas,  
y a dar aprenda en bendiciones puras  
del alto Edén anticipadas ráfagas,  
¡entonces te diré, curioso amigo,  
lo que son las mujeres!...

¡Qué!... ¿Te extrañas?  
Decir que son demonios,  
que son flores con alma,  
que son blancos arcángeles...  
me parece decir cosas muy pálidas.  
Y si en decires del humano idioma  
yo pretendiera bosquejar sus almas,  
tal voz oyeras con atento oído  
rumor de abismos y batir de alas;  
pero la vida de los dos es corta  
para que yo, con ruidos de palabras,  
cantar pudiese el colosal poema,  
maridaje de luz y sombras trágicas,  
y tú sentirlo en sus negruras hondas,  
y tú sentirlo en sus altezas diáfanas.

Mientras aprendo a contestar, ¡oh amigo!,  
tu pregunta abismática,  
sigue a la letra mi consejo sano,  
regla prudente de conducta sabia;  
golpear en la puerta del misterio  
es brega estéril de curiosas almas;  
cierra los ojos para ver más claro,  
vuela y no escarbes, sintetiza y ama,  
y canta a la mujer cuando la veas  
en el trono de reina de su casa,  
o ante la cuna acariciando al hijo,  
o ante el sepulcro derramando lágrimas,  
o en las sombras de un claustro recluida,  
o esperando al esposo desvelada,  
o en el templo cantándole a la Virgen  
dudas, temores, inquietudes, ansias...

¡Cántala dondequiera que la veas,  
ángel o mártir, heroína o santa!  
Y si tienes un día  
la pena de encontrarla  
caída en los infames pudrideros  
donde a los suyos el infierno enfanga,

y no puedes hacer el bien supremo  
de redimir un alma...  
en vez de una canción fustigadora,  
dedícale en silencio un plegaria...

Mejor que ver la llaga al microscopio  
es cubrirla de bálsamo y curarla.

#### La fuente vaquera (Balada)

Lejos, bastante lejos,  
del pueblo mío,  
encerrado en un monte  
triste y sombrío,  
hay un valle tan lindo  
que no hay quien halle  
un valle tan ameno  
como aquel valle.

Entre sus arboledas,  
por la espesura  
solitaria y tranquila,  
corre y murmura  
una fuente tranquilina  
y bullanguera,  
a que dieron por nombre  
Fuente Vaquera.

Está tan escondida  
bajo el follaje,  
guarda tanto sus aguas  
entre el ramaje,  
que cuando por el valle  
va murmurando  
toda clase de hierbas  
va salpicando.

Unas veces sonrío  
dulce y sonora,  
y otras veces parece  
que gime y llora,  
y siempre de sus aguas  
el dulce juego  
arrullando, produce  
grato sosiego.

Allí pasan las horas  
en dulce calma,  
allí meditar puede  
tranquila el alma,  
y todo son consuelos  
para el que llora  
al pie de aquella fuente  
fresca y sonora.

¡Todo es allí sosiego,  
calma, tristeza!

Las auras, que suspiran  
en la maleza...  
Los pájaros, que cantan  
en la espesura...  
El agua, que en el valle  
corre y murmura...

Los arrullos del viento,  
gratos y mansos...  
Los juncos que vegetan,  
en los remansos...  
Los claros resplandores  
del sol naciente,  
que asoma entre vapores  
por el Oriente...  
Las tórtolas que arrullan  
con armonía,  
convidando a una dulce  
melancolía...

¡Todo, en fin, allí aleja  
presentimientos,  
trayendo a la memoria  
mil pensamientos,  
y adormeciendo el alma  
con impresiones  
que convidan a dulces  
meditaciones!...

Tal es Fuente Vaquera,  
la hermosa fuente  
que murmura en el valle  
tan sonriente,  
que en su margen tranquila  
cantan amores  
tórtolas, colorines  
y ruiseñores.

Una hermosa mañana  
de junio ardiente  
salió el sol como nunca  
de refulgente,  
y pájaros y flores  
con alegría  
la bienvenida daban  
al nuevo día.

Elevábase el astro  
con gran sosiego,  
esparciendo sus rayos  
de luz de fuego  
sobre el fresco rocío  
de la mañana,  
que formaba en los valles  
mantos de grana.

Sacuden las ovejas  
sus cencerrillos,  
y en el prado retozan

los corderillos,  
que del rústico valle  
sobre la hierba  
forman jugueteando  
linda caterva.

Al cielo sube el humo  
de los hogares,  
los gallos ya despiertan  
con sus cantares,  
y sacude la hermosa  
Naturaleza  
el tranquilo letargo  
de su pereza.

\*\*\*

Dejé el mullido lecho  
con alegría,  
cuando apenas rayaba  
la luz del día;  
carguéme diligente  
con la escopeta,  
y como siempre ha sido  
medio poeta,

al nacer del gran Febo  
la luz primera,  
ya estaba yo en la hermosa  
Fuente Vaquera...  
Fuente en cuyas orillas  
cantan amores  
tórtolas, colorines  
y ruiseñores.

Ocultéme en la margen  
con el follaje,  
y viendo las delicias  
de aquel paisaje,  
esperé silencioso  
bajo la fronda,  
viendo correr las aguas  
onda tras onda...

\*\*\*

Siguió el sol elevándose  
resplandeciente,  
y era ya tan molesta  
su luz ardiente,  
que, a medida que el astro  
más se elevaba,  
todo se iba durmiendo,  
todo callaba.

Se inclinan en su tallo  
todas las flores,  
rendidas por los rayos  
abrasadores,  
y las aves se esconden  
en las encinas  
que a la tranquila fuente  
crecen vecinas.

Sólo se escucha a veces,  
del fresco viento,  
las ráfagas que lanza,  
sonoro y lento...  
El agua, que su curso  
nunca suspende...  
El rumor de una hoja...  
que se desprende...

El píar apagado  
de alguna alondra,  
que entre las verdes matas  
busca una sombra...,  
y los ecos lejanos  
de los zumbidos  
de insectos, que en los aires  
vagan perdidos...

Lejos de la apacible  
Fuente Vaquera,  
que corre por el valle  
tan placentera,  
existe un solitario  
y oscuro monte,  
que encierra los confines  
del horizonte.

Al compás de las auras,  
lenta se inclina  
altiva, corpulenta  
y añosa encina,  
y entre sus verdes ramas  
aprisionado  
tiene una tortolilla  
su nido amado.

En él está arrullando,  
dulce y sonora,  
a los amantes hijos  
a quien adora,  
gozando en su coloquio  
de las delicias  
que sus hijos le endulzan  
con sus caricias.

El calor la atormenta,  
la sed la abrasa,  
y dejando con pena  
su pobre casa,  
les dio con un arrullo  
la despedida  
a los hijos queridos  
que eran su vida;

batió sus puras alas  
tendió su vuelo  
cruzó por los espacios  
del ancho cielo,

y pensando en sus hijos,  
se fue ligera  
a beber a la clara  
Fuente Vaquera.

¡Ay! ¡Dónde iré esa madre  
tierna y sencilla!...  
¡Dónde iré tan ligera  
la tortolilla,  
mirando a todas partes,  
amedrentada,  
al verse sola y lejos  
de su morada!...

¿Por qué deja sus hijos  
abandonados,  
y ella, cruzando espacios  
tan dilatados,  
va surcando los aires  
rápidamente  
a beber en las aguas  
de aquella fuente?...

¡Pobre madre, si, ansiosa,  
vuelve a su nido  
y sus amantes hijos  
ya se han perdido!...  
¡Pobres hijos, si, a causa  
de abandonarlos,  
no volviera su madre  
nunca a arrullarlos!...

Por el verde follaje  
casi cubierto,  
yo, casi más que un vivo,  
parezco un muerto,  
y mudo y silencioso  
presto mi oído  
al eco que produce  
cualquiera ruido.

Al columpiar las hojas  
el viento blando,  
pájaros me parecen  
que van volando,  
y con mi diestra mano  
nerviosa, inquieta,  
alzo la curva llave  
de la escopeta.

Sobre la verde copa  
de vieja encina,  
que cubre aquella fuente  
tan cristalina,  
una tórtola hermosa  
paró su vuelo,  
mirando la corriente  
del arroyuelo.

Lanza su blando pecho  
tiernos arrullos,  
que no imita la fuente  
con sus murmullos,  
y a los lados humilde  
mira asustada,  
débil, inquieta, esquivada  
y amedrentada.

Tendió después su vuelo  
pausadamente,  
y al llegar a la orilla  
de la corriente,  
sobre la verde alfombra  
lenta se posa,  
débil y acobardada,  
triste y medrosa.

Dirige luego el paso  
tímidamente  
hasta tocar la margen  
de la corriente,  
donde, el agua fingiendo  
cuadros de plata,  
le recoge su imagen  
y la retrata.

Yo, silencioso, en tanto  
que la espía,  
mi artística escopeta  
ya preparaba,  
y ocasión esperando,  
cual diestro espía,  
afiné cuanto quise  
la puntería.

Disparé... ¡Sonó el tiro  
ronco, tremendo!...  
El arroyuelo manso  
siguió corriendo.  
El viento entre las hojas  
siguió sonando  
con un eco apacible,  
sonoro y blando...  
¡Y vi la tortolilla,  
que ya sufría  
las tristes convulsiones  
de la agonía!...

Cogí tan apreciado  
tierno despojo;  
su hermoso pecho estaba  
de sangre rojo,  
rojas las aguas puras  
del arroyuelo,  
que corrían llorando  
con triste duelo,  
y mis ardientes manos  
también manchadas  
de sangre, enrojecidas

y salpicadas.

Con ellas oprimía  
su pecho blando:  
sus latidos se iban  
amortiguando,  
y cerraba sus ojos  
pausadamente,  
su cabeza inclinando  
lánguidamente...

Yo vi en sus turbios ojos  
el sentimiento  
y las fieras angustias  
de su tormento,  
porque del nido lejos  
agonizaba  
y a sus pobres hijuelos  
solos dejaba.

Conocí en sus miradas  
bien claramente  
esa inquieta agonía  
del inocente,  
que sufre los rigores  
de su destino  
muriendo por las manos  
de un asesino.

Aquella pobre madre  
casi espirante  
era la madre tierna,  
la madre amante,  
que a sus hijos no pudo  
darles en vida  
una lágrima dulce  
de despedida.

Y aquella tierna madre,  
cuando sufría  
la convulsión postrera  
de la agonía,  
me dijo con sus ojos  
casi nublados  
que dejaba dos hijos  
abandonados.

Yo comprendí lo injusto  
de aquella muerte;  
mas la víctima estaba  
fría e inerte...  
y una lágrima amarga  
por mi mejilla  
rodó, cuando vi muerta  
la tortolilla.

Desde entonces no quiero  
que un inocente  
de alguna injusta muerte



se me lamente,  
y diga con sus ojos  
casi nublados  
que deja sus hijuelos  
abandonados.

Y en vez de estar cazando  
la tarde entera  
junto a la cristalina  
Fuente Vaquera,  
voy a ver cómo en ella  
cantan amores  
tórtolas, colorines  
y ruiseñores,  
y cómo de aquel monte  
sobre las lomas  
arrullan solitarias  
blancas palomas.

San Saturnino, julio de 1889

---

Las hazañas de «coral»

(A mi compañero de caza don J. de la F. A.)

Con la canana llena  
de municiones,  
y el morral atestado  
de provisiones,  
la escopeta brillante  
como unas ascuas,  
el Coral tan alegre  
como unas Pascuas,  
la petaca bien llena  
de cigarrillos  
y las manos metidas  
en los bolsillos,  
salíme ayer al coto  
muy de mañana,  
dispuesto a no dejarme  
tórtola sana,  
ni perdiz, ni conejo  
que no matase,  
ni codorniz, ni liebre  
que lo contase.

¡Qué mañanita hacía  
tan deliciosa!  
¡Qué brisa la del monte  
tan olorosa!  
¡Qué aurora tan radiante!,  
¡qué algarabía  
de pájaros cantores  
la que se oía!  
Henchía los pulmones  
un airecillo  
con aromas de espliegos  
y de tomillo;

flotaban las neblinas  
en la hondonada,  
bramaban los becerros  
en la majada,  
las alondras corrían  
por los caminos,  
las urracas chillaban  
en los espinos,  
silbaban los vaqueros,  
cantaba el cuco  
y graznaba el imbécil  
abejaruco.

Al salir el sol claro  
del nuevo día,  
todo resucitaba,  
todo reía.

Esponjaban sus plumas  
las tortolillas,  
desplegaban el moño  
las abubillas,  
saltaban los pardillos  
junto a la fuente,  
se bañaban los tordos  
en la corriente,  
dormitaba el milano  
sobre el peñasco,  
el lagarto bullía  
bajo el carrasco,  
y metiendo el piquito  
bajo las alas,  
se espulgaban las firras  
y las zorzalas.

¡Vaya una mañanita  
la tal mañana!

¡Vaya un olor a heno  
y a mejorana!

Mi perro retozaba  
como un ternero.

¡Es el perro más bruto  
del mundo entero!

«Vamos, Coral -le dije-,  
basta de bromas  
y echemos una mano  
por estas lomas.

Si tienes buenos vientos  
y me obedeces  
yo te he de dar el premio  
que te mereces;

pero si eres muy loco,  
si eres muy malo,  
te daré pocos mimos  
y mucho palo.

Cuando caiga una pieza,  
vas a buscarla,  
y la traes en la boca  
sin destrozarla.

No hagas barbaridades  
sin ton ni fruto,

mira que tienes pinta  
de ser muy bruto,  
y si me armas alguna  
por ser violento,  
te pego una paliza  
que te reviento.»  
El perro me miraba  
como un idiota,  
sin menear siquiera  
la cabezota;  
yo seguí mis sermones,  
mas de repente  
levantó una patata  
tranquilamente,  
y ante mis propias barbas  
hizo una cosa  
poco limpia y muy poco  
respetuosa.  
Al empezar la mano,  
junto al camino,  
vi posada una alondra  
sobre un espino;  
la tiré; cayó muerta  
y a escape el perro  
la apresó en sus enormes  
dientes de hierro.  
¡No le duró en la boca  
medio minuto!  
¡Yo no he visto en mi vida  
perro más bruto!  
Se tragó el pajarillo  
más fácilmente  
que se traga una píldora  
Pé de la Fuente.  
Y mientras yo, furioso,  
le reprendía,  
me miraba el imbécil  
y se lamía.  
«¡Tragaldabas, idiota,  
-le dije al punto-:  
si la hazaña repites,  
te descoyunto!  
¡Si vuelves a las mismas  
hoy mismo mueres!  
¡Tragaldabas, idiota!  
¡Qué bruto eres!»

En el mismo momento  
de estar hablando  
una tórtola cerca  
pasó volando.  
La tiré como quise,  
rompí un ala  
y cayó redondita  
como una bala.  
Lanzóse encima el perro  
medio aturdido,  
le llamé quince veces  
a grito herido

y no le dio la gana  
de respetarme,  
ni de dejar la tórtola,  
ni de escucharme.  
Cuando yo fui corriendo  
donde él estaba,  
de la tórtola herida  
sólo quedaba  
una pluma de un ala,  
la cabecita,  
y dos o tres dedillos  
de una patita.  
Y el bárbaro del perro  
vuelta a mirarme,  
y hasta alzó las manazas  
para halagarme.  
Quise ahogarle allí mismo,  
mas tuve calma  
y le dije muy serio:  
«Coral del alma,  
como eres tan brutazo,  
tú habrás creído  
que has hecho ya dos gracias;  
¡pues no, querido!  
Has hecho dos gansadas  
de las peores  
que pueden hacer perros  
de cazadores.  
¡U obedeces a ciegas  
si yo te miro,  
o antes de diez minutos  
te pego un tiro!»

Y seguimos cazando  
tranquilamente  
por la falda suave  
de la pendiente.  
De pronto, salen juntas  
cuatro perdices,  
que a poco no se posan  
en mis narices;  
apunté a la primera,  
llamé la llave  
y cayó como un trapo  
la pobre ave.  
El Coral, más ligero  
que una centella,  
de cuatro o cinco saltos  
se echó sobre ella.  
Yo ya no me entretuve  
con más llamadas  
y llegué donde el perro  
de tres zancadas.  
¡Yo no he visto en mi vida  
perro más bruto!  
Si llevo a entretenerme  
medio minuto,  
no tengo ni el consuelo  
de ver la huella

del cuerpo de la hermosa  
perdiz aquella.  
¡Gracias a que el muy bruto  
se la quería  
tragar de un par de golpes  
y no podía!  
Lo cogí, lleno de ira,  
de una orejaza,  
le metí la escopeta  
por la bocaza,  
y así pude arrancarle  
de los dientazos  
la perdiz destrozada  
casi en pedazos.  
Pareciéndome aquello  
castigo chico,  
le pegué diez cachetes  
en el hocico,  
le puse a las narices  
la perdiz muerta  
y le dije indignado:  
«¡Boca de espuerta!  
El buen perro no come  
pieza que cobra.  
Di: ¿no tienes en casa  
pan que te sobra?

Traga-buches, infame,  
mal educado,  
¿sabes que mis sermones  
te han reformado?  
No te mato ahora mismo  
de un estacazo  
porque soy menos bruto  
que tú, brutazo;  
mas como mi consejo  
no te aproveche,  
yo le diré al tío Pincos  
que te escabeche.  
Si vivir siempre a gusto  
conmigo quieres,  
medita, Coralito,  
lo bruto que eres,  
y si es que tu torpeza  
no tiene cura  
le encargaré al tío Pincos  
la sepultura.  
Vámonos hoy a casa.  
Yo te perdono  
y no quiero guardarte  
rencor ni encono.  
Solamente hoy te impongo  
como castigo,  
contarle tus hazañas  
a un buen amigo  
que también tiene un perro  
tocayo tuyo,  
solo que tú no llegas  
a donde el suyo.

¿Quieres saber la causa?  
Pues te la digo:  
¡Es... que tú eres más bruto  
que el de mi amigo!»

Mal educado estaba el gran Coral,  
pero ya no está mal; está muy mal.  
Ya no come las piezas que levanta,  
pero hace algo peor: me las espanta.  
¡A este perro cerril no hay quien lo dome!  
La caza que le mates, se la come,  
y si piezas de caza no le matas,  
se dedica a cazar grillos y ratas.

Por ver si muda de conducta y traza  
llevélo ayer a Peñalniño a caza.  
Peñalniño es un cerro alto, gigante,  
al cerro de la Cruz muy semejante:  
pero está más tendido, es más bajito,  
más abundante en caza y más bonito.  
¡Hasta estos pedacitos de la sierra  
son aquí más bonitos que en tu tierra!

Pues, como iba diciendo, fuime al cerro  
y me llevé los galgos con el perro  
a ver si este gandul se enmienda algo  
yendo a mi lado y entre galgo y galgo.  
¡Como no lo reviente o lo deslome,  
a este perro cerril no hay quien lo dome!  
¡Y menos mal que ha demostrado, al menos,  
que tiene vientos, pero vientos buenos!  
Mas es un bruto que, en oliendo caza,  
pierde el juicio, el respeto y la cachaza.

Cuando entramos ayer en cazadero,  
cazaba con tal calma y tal salero  
que me obligó a pensar subiendo al cerro:  
¿Si habré sido yo ingrato con el perro?  
¿Si al juzgarle me habré yo equivocado  
y le habré injustamente calumniado?  
Ese modo de andar, esa cachaza,  
esas posturas de excelente traza,  
esa dilatación de las narices  
que acaso ya ventean las perdices,  
ese cuello tendido hacia adelante,  
esa mirada vaga, chispeante,  
y ese modo de alzar su gran cabeza  
buscando el viento de la oculta pieza,  
son indicios, al menos, de que el perro  
sabe que está cazando en este cerro.

Si echa una pieza y se la tiro, y cae,  
y sabe obedecerme, y me la trae,  
-¡me acabé de lucir, Coral querido!  
tendré que confesar que te he ofendido  
y que tienes un amo muy ligero,  
calumniador, injusto y embustero.

Así iba yo pensando tristemente

cuando el perro se para y, de repente,  
cerro arriba arrancó como un venablo,  
¡como alma de ladrón que lleva el diablo!  
¿Serán conejos o serán perdices  
lo que van venteando sus narices?  
-¡Coralito -le dije-, espera un poco!  
¡Espérame, Coral, y no seas loco!  
¡¡Ven aquí, Coralón, no me impacientes!!  
¡¡Coralazo, gandul, así revientes!!  
Y gritando y corriendo tras el perro,  
por la cuesta más áspera del cerro  
se me fueron los pies por un peñasco,  
y de cara caí sobre un carrasco.  
Sin respirar me levanté ligero,  
recogí la escopeta y el sombrero  
y rascándome un poco las narices,  
de nuevo eché a correr tras las perdices.  
¡Todo fue inútil! El gandul del perro,  
las echó hacia la cúspide del cerro,  
y viéndolas volar quedé parado  
con la boca entreabierta y atontado.  
Además de quedarme sin perdices,  
pude también quedarme sin narices.  
Se redujo la cosa a un arañazo,  
un pequeño chichón y un buen zarpazo;  
pero, aun librando bien, aquel que quiera  
saber lo que es caer de esa manera,  
¡que se deje rodar por un peñasco  
y se caiga de cara en un carrasco!

El perro regresó triste y arisco  
y sentóse a la sombra de un torvisco;  
yo no quise ni hablarle de perdices,  
ni siquiera enseñarle mis narices,  
¡Al que no se hace bueno con sermones,  
se le obliga a ser bueno a pescozones!  
Le di media docena de primera,  
mimé a los galgos para que él lo viera,  
fumé un cigarrillo, descansé un poquito  
¡y adelante otra vez, que es tardecito!

Del prado Verdinal, junto a la esquina,  
en una carrasquera chiquitina,  
de nuevo el perro se quedó parado  
y púseme en seguida yo a su lado,  
dispuesto a fusilar lo que saliera  
de aquella miserable carrasquera.  
Yo, por más que miré nada veía,  
pero el perro la muestra no rompía;  
y ante fijeza tal y tal postura,  
me dije para mí: ¡liebre segura!  
-¡Entra, Coral! -le dije al verle inerte.  
-¡Entra, Coral! -le repetí más fuerte.  
-¡Entra, Coral! -grité por vez tercera;  
y el perro se lanzó a la carrasquera.

¡Oh vergüenza! ¡Oh dolor! ¡Oh triste chasco!  
En lugar de salir de entre el carrasco  
una liebre a saltar de mata en mata,

salió un lagarto de cabeza chata,  
lomo verdoso, vivarachos ojos  
y blanca panza con puntitos rojos.  
Lo mismo que un ratón que ha visto al gato,  
salió azarado el bicharraco chato,  
y el perro se lanzó tras él más listo  
que el gato hambriento que al ratón ha visto.  
A cambio de un mordisco en una mano,  
dióle el perro un zarpazo soberano,  
echóle el diente y el reptil arisco  
le atizó en el hocico el gran mordisco.  
Debió ser un mordisco sandunguero  
porque el perro gruñó muy lastimero,  
flojó los dientes, escurrióse el bicho  
y cojo y todo se metió en su nicho.

A casita, Coral, que el sol se pone  
y es posible que el morro se te encone.  
Te doy mi enhorabuena más cumplida  
por la dulce caricia recibida,  
y me alegra en el alma, buen amigo,  
de ver, tras tu pecado, tu castigo.  
¿Confunden todavía tus narices  
los lagartos con liebres y perdices?

Pues aprende, gandul, que esa es tu ciencia;  
aprende a distinguir; y en penitencia,  
mientras los dientes del lagarto alabo,  
¡te rascas el hocico con el rabo!

---

A la muerte de mi hurón (Elegía improvisada..., y así saldrá ella)

(A mi muy querido amigo Ignacio Toledano,  
compañero de excursiones «Ciquielunas».)

Lágrimas tristes que corréis a ríos  
por estos ojos míos  
que son testigo de mi infausta suerte,  
¡corred hasta el sepulcro abandonado  
del amigo adorado  
que sin piedad me arrebató la muerte!

¡Depositad sobre su tumba fría  
la fúnebre elegía  
que le dedica un corazón sensible!  
¡Verted por él inconsolable llanto,  
y que este humilde canto  
le sirva de corona inmarcesible!

¡Pobre Ciquiel!, de tu olvidada fosa,  
yo grabaré en la losa  
un cantar que dirá de esta manera:  
«Aquí yace un hurón noble y honrado,  
que era el Sultán llamado  
por los conejos de la sierra entera.

Músico, pobre, gárrulo y sencillo,



mi pobre Ciquielillo  
tocaba el cascabel con cierto arte;  
mas le hicieron dejar el instrumento,  
y a lo mejor del cuento  
se nos fue con la música a otra parte.

De mi pueblo en la sierra solitaria,  
en vez de una plegaria,  
resuenan mil canciones a lo lejos,  
y es porque, del vivir en el encierro,  
te cantan el entierro,  
con cruel regocijo los conejos.

En su morada subterránea y fría  
celebran una orgía  
en honor de tu muerte, Ciquielillo.  
¡Ay de todos si tú resucitaras  
y el cascabel sonaras  
de repente a la puerta del pasillo!

¿Oyes qué ruido en el vivar retumba?  
¡Álzate de esa tumba  
porque están de tu honor haciendo trizas!  
Preséntate en la sala de sesiones  
y empieza a pescozones  
porque están injuriando tus cenizas.»

En más de cuatro vivares,  
cuando tu muerte supieron,  
los conejos se reunieron  
en conclave fraternal,  
para celebrar la muerte  
de aquel que cuando vivía  
clavaba... donde podía  
sus colmillos de chacal.

De un vivar sobre la puerta,  
cuando tu muerte supieron,  
con las uñas escribieron  
este infamante cartel:  
«Durante dos o tres meses  
en todos estos bibales  
se cantarán funerales  
por el tísico Ciquiel.»

En otro vivar del monte  
celebraron una orgía,  
y al rayar la luz del día  
se reunieron en sesión;  
y unánimes acordaron  
salir de su oscuro encierro  
para cantarte el entierro  
en solemne procesión.

¡Qué canallas! ¡Qué guasones!  
Todos ser curas querían  
y méritos aducían,  
de su pretensión en pro:  
-¡Yo he escapado cuatro veces!

-Pues de poco usted se queja:  
¡A mí me rasgó una oreja!  
-Y a mí también me atentó.

-¿Qué vale eso que tú dices?  
Yo, al salir por el pasillo,  
me lo encontré de narices  
y nos liamos los dos;  
y, si me descuido un poco  
y no encuentro a la carrera  
la puerta de la escalera,  
¡me divierto, como hay Dios!

-¿Y yo, que estaba en el patio  
arrancando una retama?...

-¿Y yo, que estaba en la cama  
cuando en casa se coló?...

-Pues eso no es nada, hermanos.  
¡Yo tengo un ojo vacío  
y tengo un labio *partío*  
de dos besos que me dio!

En fin, allí se increparon  
en forma insolente y dura,  
y al cabo el cargo de cura  
se sometió a votación;  
votaron alborotados,  
y aquel del ojo vacío,  
aquel del labio *partío*  
fue cura en la procesión.

¡Pobre Ciquiel! ¡Si supieras  
cuánto de ti se rieron!  
Todos del vivar salieron  
ansiosos de retozar;  
y al brillar del alba pura  
los resplandores rosados,  
ya estaban todos formados  
a la puerta del vivar.

Todos en los pies traseros  
encabritados andaban,  
y con las manos llevaban  
insignias de procesión.  
Uno con la manga fúnebre,  
que era un trozo de retama,  
y otro con una gran rama  
de tomillo por pendón.

De una agalla perforada  
hicieron un calderete,  
y un conejillo vejete  
¡qué disparate hizo en él!  
Y dos muy tiesos llevaban,  
en los hombros sostenido,  
un palo seco y tendido  
que simulaba Ciquiel.

El cura, aquel cura tuerto

que era más feo que Tito,  
sólo llevaba un palito  
que en hisopo convirtió;  
y el libro de los latines,  
que llevaba un monaguillo  
era un forro de un librillo  
que algún cazador perdió.

En dos hileras muy largas  
se fueron acomodando  
y el gori-gori cantando,  
tendióse el cortejo aquel  
hacia un barranco relleno  
de estiércol amontonado...  
¡Era el sitio destinado  
para enterrarte, Ciquiel!

Dos conejos con las uñas  
abrieron tu sepultura  
en el montón de basura,  
chirriando de dolor;  
mas luego que estuvo abierta  
y en ella tu efigie echaron,  
como locos empezaron  
a bailar alrededor.

¡Qué escándalo!, el cura tuerto  
te dio tales hisopazos,  
que sobre ti en dos pedazos  
roto el hisopo quedó;  
y aquel que llevaba... aquello  
metido en la caldereta,  
hizo al aire una pirueta  
y encima de ti lo echó.

El monaguillo del libro,  
que era el de la oreja rota,  
hasta hizo horrible chacota  
de los latines también;  
pues cantaba dando saltos:  
«¡Non haberis mas mordiscum!  
¡Ciquielibus moriuni tisiqum!  
¡Requiescant in pace, amén!»

Cansado por fin el cura  
de aquella danza maldita,  
con alegría inaudita  
tierra al palitroque echó;  
holló y echó más de nuevo,  
para hacer mayor la carga,  
y con la uña más larga  
este epitafio escribió:

«Aquí yacen los restos asquerosos  
del tísico Ciquiel.  
Por mí, que se lo lleven los demonios,  
si es que pueden con él.  
Murió este bicho repugnante y feo  
de tisis pulmonar;

si lo hubieran ahogado al nacedero,  
no hubiesen hecho mal.  
De dos mordiscos me rasgó este labio  
y un ojo me sacó:  
¡que muerdan los gusanos en los ojos  
del que tanto mordió!

«¡Que se lo lleven todos los demonios  
que viven con Luzbel!,  
y que no quede casta en esta tierra  
del tísico Ciquiel!  
¡Y caiga un rayo en el sepulcro negro  
de este ladrón sin par,  
no haga el diablo que un día este asesino  
vuelva a resucitar!»

---

Mañanas y tardes (Sueños)

¡Gloria al Señor que puso  
mi pobre cuna  
donde hay estas estrellas,  
y hay esta luna,  
y hay estas flores,  
y hay estas dulces auras,  
y hay estas noches!  
(Antonio de Trueba)

I

La tarde está serena, la calma es tanta,  
que ni llora el arroyo, ni el ave canta;  
la ráfaga de viento, que a veces pasa,  
llanuras y sembrados, todo lo abrasa.

El astro bochornoso que reverbera  
convierte las llanuras en una hoguera;  
crujen unas con otras las cañas huecas;  
las doradas espigas estallan secas,  
y en el fondo pardusco de la barranca,  
el agua del arroyo su curso estanca.

Tan pesada es la calma, tal el bochorno,  
que la abrasada tierra parece un horno.

Las alondras reposan en sus solaces,  
las codornices duermen bajo sus haces,  
los lagartos, que salen de su agujero,  
cruzan algunas veces por el sendero;

la perdiz a sus hijos, cauta, reclama  
bajo la tibia sombra de la retama,  
y uniendo sus cabezas abochornadas  
dormitan las ovejas en las cañadas.

Llega el sol a la cumbre de su apogeo;  
duermen algunos bueyes en el rodeo,  
y otros van a la oscura charca verdosa  
para ahuyentar la mosca que los acosa.

Trabajan en las eras lentas las reses,  
en derredor girando sobre las mieses;  
bajo el trillo, que arrastran con lento empuje,  
la seca paja estalla, se rompe y cruje;  
el ruido de la marcha casi ensordece,  
el choque de las mieses casi adormece.

Al son con que el cambizo lento rechina  
responde el de la parva que está vecina;  
desparrama el labriego los secos haces,  
y en el trillo se duermen ya los rapaces.

El perro perezoso se entrega al sueño  
a la sombra del viejo carro del dueño,  
y sacude la mosca que le molesta  
turbando impertinente su dulce siesta.

Forma el trigo tendido redondas fajas  
y cantan las chicharras entre las pajas.  
Los pájaros se ahogan en el espacio  
y hacen de las encinas fresco palacio;  
ni canta la culebra, ni rana alguna  
asoma la cabeza por la laguna;  
en su casa escondidos callan los grillos,  
y quedan en los prados secos tronquillos  
del pasto saludable, fresco y lozano  
que con rudos calores quemó el verano.

De la Peña del Niño por las laderas  
quedan piedras, tomillos y carrasqueras.

Por evitar de Febo la ardiente lumbre,  
las perdices se suben hacia la cumbre,  
y armado de escopeta recorre el cerro  
el cazador constante detrás del perro.

De las húmedas piedras por las rendijas  
se ven salir a veces las lagartijas;  
el sol despide fuego, fuego la tierra  
fuego los pedregales de aquella sierra.

Sólo se ven en torno zarzas y espinos;  
no transita un viviente por los caminos.

El viento con sus ráfagas lleva ligero  
una nube de polvo por el sendero.

Siegan, unos tras otros los segadores  
del sol bajo los rayos abrasadores;  
entre espigas y cardos van encorvados,  
bajo tantos calores casi agobiados,  
y el dueño los vigila bajo una encina  
que al árido sembrado crece vecina.

El caballo corriendo por el atajo,  
va a humedecer su boca con el regajo;  
el carro con las mieses lento camina  
y al lento balanceo cruje y rechina,

y el buey, uncido al yugo, la cola enrosca  
ahuyentando indefenso la inquieta mosca.

¡Largas tardes de agosto!... ¡Tardes de calma!...  
¡en vuestras largas horas se duerme el alma!...

Si quisierais tristezas y soledades,  
buscadlas en los tristes campos de Frades.

No busquéis en él nunca tiernos planteles  
ni busquéis en sus campos lindos vergeles;  
no busquéis en sus lomas los olivares;  
buscad en sus laderas los tomillares.

No busquéis en sus pobres alrededores  
jardines esmaltados de lindas flores;  
ni hallaréis en sus cerros los naranjales,  
ni veréis en su sierra lindos rosales.

No hallaréis en sus campos un paraíso,  
que la Naturaleza darle no quiso.  
Son sus áridos valles pobres plantíos;  
son sus pobres cañadas vegas sin ríos.

Si visitáis sus montes y sus marjales,  
veréis viejas encinas y matorrales,  
y en vez de frescas bandas de azules violas  
veréis entre los trigos las amapolas.

¡Buscad secos barbechos siempre agostados!...  
¡Buscad la rubia espiga de los sembrados!...  
¡Buscad cuando el gran astro lumbre fulgura,  
una encina, una piedra y una llanura!...

En sus tristes y humildes alrededores  
jamás cantar se oyeron los ruiseñores.  
De sus montes de encinas por los confines,  
saltan lindos chivones y colorines.

Gorjeadores alondras y golondrinas,  
de sus pobres casitas son las vecinas,  
y habitan sus laderas, montes y lomas,  
las dulces tortolillas y las palomas.

No busquéis en sus sierras fieros torrentes;  
buscad sus solitarias y ocultas fuentes;  
no busquéis en el monte la catarata  
que al bajar al abismo se desbarata;  
buscad, en vez del río que se despeña,  
el manantial, que fluye de negra peña;  
y en vez de la cascada de las alturas,  
buscad los arroyuelos de las llanuras.

¡Buscad secos barbechos, siempre agostados!...  
¡Buscad la rubia espiga de los sembrados!...  
¡Buscad, cuando el gran astro lumbre fulgura  
una encina, una piedra y una llanura!...

II

Hay en medio de Frades rústico huerto,  
que parece el oasis de aquel desierto.

Entoldan sus paseos los emparrados,  
con sus brazos frondosos entrelazados;  
despliegan las acacias sus anchas copas,  
donde los gorriones cantan en tropas.

Son las tapias del huerto de vieja piedra,  
que cubre cuidadosa la verde hiedra;  
las auras vespertinas y matinales  
juegan con los cerezos y los perales;  
tapizan sus paseos yerbas silvestres,  
y en los rincones crecen flores campestres.

Los alegres manzanos cuando florecen  
dan sombra a las verduras que abajo crecen.

Si un aroma se aspira dulce y ligero,  
es el aroma dulce de algún romero.

Junto a la vieja tapia crece y vegeta  
el junco del pantano con la violeta,  
y unen abrazos tiernos y fraternales  
las verdes zarzamoras con los rosales.

El viento se embalsama con los olores  
de aquellas coloradas y lindas flores,  
y junto a la violeta crece amarilla  
exhalando su aroma la manzanilla.

Hay entre las verduras una fontana,  
do el agua para ellas tan clara mana,  
que a la vez se reflejan en sus cristales  
dos manzanos, tres guindos y tres rosales.

Y al pie de esta fontana, tan pura y bella  
vive el amargo ajenjo con la grosella,  
y de igual modo vive, crece y se hermana  
la colorida fresa con la romana.

En esas mañanitas del mes de mayo,  
antes que el sol nos mande su ardiente rayo,  
de aromas y armonías hay un concierto  
dentro de aquel silvestre y alegre huerto.

Cuando la luz asoma por las colinas,  
ya cantan en los guindos las golondrinas,  
y antes que el sol derrame luz sobre el suelo,  
ya las pardas alondras suben al cielo.

Hay cerca de aquel huerto viejos cercados  
y viejas encinitas y viejos prados,  
y entre estas encinitas, casi cubierta,  
canta la tortolilla cuando despierta.

En los rojos tejados de aquella aldea

el tordo se despluma, silba y gorjea,  
y chillando a su lado sobre el alero  
el gorrión inquieto salta ligero.

Se revuelcan y charlan en los corrales  
las alegres gallinas con los pardales;  
despierta la paloma madrugadora  
cuando el astro naciente las lomas dora,  
y dejando en parejas los palomares,  
por el cielo del huerto cruzan a pares.

Los cargados manzanos abren sus flores;  
la humilde manzanilla despide olores,  
y olores dan la rosa y la romana,  
que vegeta en la orilla de la fontana.

En las ramas nudosas de los manzanos  
depositan sus larvas pardos gusanos;  
las constantes arañas tejen sus redes  
en las húmedas grietas de las paredes,  
y trepan las hormigas por su sendero  
que suele ser el tronco de un limonero.

Previsora, constante, madrugadora,  
inteligente, sabia, trabajadora,  
en busca de sus flores sola se aleja  
y su oscura colmena deja la abeja.

Insectos, flores y aves en dulce salva  
saludan con sus ruidos la luz del alba,  
que asoma sonrosada, bella y riente,  
recostada en las lomas del Claro Oriente.

## II

Mes de agosto ardoroso, serena tarde;  
arde el sol en el cielo; la tierra arde.

Todo, todo, en la aldea reposa inerte...  
el hombre, el ave, el bruto, todo se duerme...  
y cuando el mundo vivo parece muerto  
yo, que soy el que velo, me voy al huerto.

Allí, bajo la sombra de un emparrado,  
de amarillentas hojas entrelazado,  
hago lecho mullido del verde suelo  
y mis cansados ojos fijo en el cielo.

Mis párpados se entornan pausadamente;  
confuso mar de ideas turba mi mente...  
mi pensamiento flota, vago..., perdido...,  
y, cerrando mis ojos, ¡quedo dormido!...

En las tardes de agosto, tardes de calma,  
en cuyas largas horas se duerme el alma,  
después que me embriaga dulce beleño  
y me quedo dormido..., ¿sabes qué sueño?



Sueño que voy cruzando por un desierto,  
un mar sin fin de arenas, un mar sin puerto.

Lágrimas de agonía vierten mis ojos  
porque mis pies heridos pisan abrojos.

En medio del desierto sueño que existe  
un albergue que sirve de alivio al triste;  
un oasis bendito, do el peregrino  
alivia las fatigas de su camino.

Es el rey del oasis un niño alado,  
que aquel edén hermoso vigila armado.

En una aguda flecha guarda amoroso  
un licor sonrosado, dulce y sabroso.

Cuando a algún peregrino la sed abrasa  
y cerca del oasis llorando pasa,  
a recibirle sale solo y armado,  
con una de su flechas el niño alado.

Y el arma punzadora lanza certero  
al corazón marchito de aquel viajero  
que, entrando del oasis bajo el ramaje  
refresca los ardores de su viaje.

Y mientras a la sombra duerme y descansa  
a sus pies una fuente resuena mansa.

El niño de las alas su sueño vela;  
su espíritu cansado soñando vuela,  
y el licor de la flecha del niño alado  
su corazón ardiente tiene embriagado.

Y, mientras a la sombra yace dormido,  
viene con sus acordes a herir su oído  
un coro de angelitos que, en derredor  
del lecho del viajero, dicen: «¡Amor!...»

Y yo sigo soñando..., sigo soñando  
con otros peregrinos que van llegando  
al oasis bendito de aquel paraje,  
mitad de su penoso, largo viaje.

En medio del desierto, solo, afligido,  
fatigado, lloroso, triste, perdido,  
el último de todos voy caminando,  
¡siempre pisando abrojos!..., ¡siempre llorando!...

Lanzado en el desierto por mi destino  
no llevo al fin querido de mi camino,  
y el corazón se ahoga casi abrasado  
sin el licor sabroso del niño alado.

En medio del oasis y en él gozando  
a ti, Casto querido, te vi cantando.

De un árbol oloroso bajo la sombra

y apoyado a tu lado sobre la alfombra,  
vi un ser, que dulcemente te sonreía  
y oí distintamente que te decía:

«Tú cruzaste un desierto para buscarme  
y entraste en este oasis para adorarme.  
Si el resto del desierto juntos cruzamos  
y al fin de la jornada juntos llegamos,  
viviremos felices, sin duras penas,  
¡aun yendo del desierto por las arenas!»

Y tú, que lo escuchabas, de allí saliste  
y aceptando el apoyo que le ofreciste,  
os vi llenos de gozo, cruzando luego  
aquel desierto inmenso lleno de fuego...

\*\*\*

Rendido de cansancio, lleno de pena,  
y con mis pies hollando la ardiente arena,  
os perdieron mis ojos..., ¡que se cerraban  
sin llegar al oasis que divisaban!

Y tendido entre espinas, sin esperanza  
de hallar jamás el puerto de mi bonanza,  
exclamaba llorando: «¡Dios mío!... ¡No puedo!...  
Estoy aquí tan solo, que... ¡¡tengo miedo!!...»

Quemaba con sus rayos el sol de estío  
y el corazón sentía yerto de frío.

Cubrió mis turbios ojos un negro velo,  
alcéme amedrentado del duro suelo,  
y al extender mi vista por el desierto...  
¡desperté en mi silvestre y alegre huerto!

#### IV

En las dulces mañanas del mes de mayo,  
cuando el sol nos envía su primer rayo,  
voy al huerto a sentarme, porque en el huerto  
hay de aromas y ruidos dulce concierto.

Recostado en la alfombra del verde suelo  
y siempre con mi vista fija en el cielo,  
percibo en torno mío ricos aromas  
que me manda el tomillo desde sus lomas.

Mis párpados se entornan... ¡Estoy despierto  
y sueño nuevamente con el desierto!

Sueño que voy andando..., que voy andando  
y que al hermoso oasis estoy llegando,  
y lo veo tan cerca, que me convida  
a vivir una dulce y alegre vida...

Y tanto me aproximo que te diviso  
vagando entre el follaje del paraíso.

Al ser que te acompaña le ofreces flores,

flores que en vez de aromas vierten amores.

Al tender tu mirada por el desierto,  
me viste caminando con paso incierto,  
y no lloraste viendo mi gran quebranto,  
porque en aquel oasis no existe el llanto.

Antes de la dorada y hermosa puerta  
de la mansión aquella, que estaba abierta,  
había un gran abismo, profundo, hondo...,  
sin medida, sin término, sin luz, sin fondo.

Al ponerme a la orilla tímidamente,  
un vértigo espantoso turbó mi mente;  
y casi loco, débil y suspendido  
sobre aquel precipicio, perdí el sentido....

Al recobrarlos luego, te vi a mi lado  
dentro ya del oasis del niño alado,  
y supe que, alargando tu diestra mano,  
me salvaste la vida como a un hermano.

Al verme ya en aquella mansión querida,  
sentí mi pobre alma de amor herida,  
y el licor misterioso del niño alado  
mi corazón tenía casi embriagado.

Y vi, en el paraíso de las delicias,  
un ser que me halagaba con su caricias,  
y al pronunciar mi nombre sus labios rojos,  
desperté de mi sueño... y abrí los ojos.

V

En las tardes de agosto, tardes de calma,  
en cuyas largas horas se duerme el alma,  
mis penas y mis ansias doy al olvido  
y a la sombra de un árbol sueño dormido.

Sueño con el desierto y el paraíso,  
que en las tardes de agosto nunca diviso,  
y, aunque esparce sus rayos el sol de estío,  
el corazón me queda yerto de frío.

VI

Pero, ¡ay!, en las mañanas del mes de mayo,  
cuando el sol nos envía su claro rayo,  
solo y meditabundo me voy al huerto  
y a la sombra de un árbol sueño despierto.

Sueño con el desierto y el paraíso,  
que en estas mañanitas nunca diviso,  
y aunque a mi lado fría la brisa pasa,  
mi corazón sensible..., ¡ay!..., ¡se me abrasa!

---

Suspiros

Solo, triste, perdido sin sosiego

del mar del mundo en las inquietas olas,  
sin apagar de mi dolor el fuego  
vuelvo de nuevo a lamentarme a solas.

Ha tiempo ya que entre celajes de oro  
hermoso edén en mi ilusión soñé.  
¿Quién mi ilusión arrebató?... Lo ignoro.  
¿Quién goza en mi martirio?... No lo sé.

Yo sólo sé que mitigar deseo  
este pesar que arrebató mi calma;  
la causa de mi pena no la veo,  
y, sin embargo, me desgarras el alma

Tal vez será que el alma se lamenta  
en fuerza de sufrir, ya sin motivo;  
pero mi pobre corazón no miente  
y me hace ver las penas en que vivo.

Nadie comprende porque a nadie importa,  
las tristes penas de mi vida amarga;  
vida que en dicha y en placer es corta  
y en desventuras y en sufrir, muy larga.

¿Quién causó mi placer? Un sueño necio.  
¿Con quién soñó mi alma? Con un bien.  
¿Quién causó mis angustias? Su desprecio.  
¿Quién mató mis ensueños? Su desdén.

En medio de mi pena y desconcierto  
no tengo nunca un cariñoso amigo  
que me enjague las lágrimas que vierto  
y se venga a llorar también conmigo.

Aunque lo quiera y aunque así lo anhele,  
no ha podido encontrar el alma mía  
ningún amigo fiel que me consuele  
cuando yo le contase mi agonía.

Siempre sufriendo mi cruel martirio  
turbado veo mi soñado edén,  
y la niña que amaba con delirio  
ha pagado mi amor con un desdén.

Su mirada de angélico candor  
no quiso mi pesar calmar jamás.  
¿Y con qué le he pagado?... ¡Con mi amor!  
¿Y cuál es mi venganza?... ¡Amarla más!...

---

¡Patria mía!

...porque has de saber, amigo  
mío, que todos los años, en  
el verano, hago un cantar  
para mi pueblo.  
Y te mando este -el cantar-  
porque algo te corresponde de él.  
Si te extraña de que en el

siglo que corre haya todavía  
hombres que se ocupen en cosas  
tan inocentes, satisfaceré y haré  
desaparecer tu extrañeza,  
natural en un chico fin de siècle,  
contestándote que aún quedan  
en el mundo hombres honrados.

(J. M.<sup>a</sup> G. y G.)  
15 septiembre 1892

¿??

Rodando en la corriente del mundo vano  
como rueda una arena sola y perdida  
me encontré con un hombre, llamélo hermano  
y te lo di por hijo, patria querida.

Pasado luengo tiempo, te abandonaba,  
y en unión de aquel hombre yo visitaba  
la tierra en que se asientan sus pobres lares...  
¡y canté aquella patria que se me daba!...  
¡Maldita sea la lira con que cantaba,  
y malditos los ecos de sus cantares!

Yo no tengo más patria que esta aldeíta,  
donde está todo el fuego de mi cariño;  
el corazón sin ella se me marchita,  
pero pensando en ella se vuelve niño.

¡Patria mía querida, que con tu aliento  
haces quejar de nuevo con voz vibrante  
la fibra más doliente del sentimiento  
que se oculta en el pecho de un hijo amante!...,  
no llores, si aquel hombre de quien te hablaba  
no ha venido a abrazarte y a conocerte;  
no admitas aquel hijo que yo te daba,  
si en un lejano día viniese a verte.

No amargues con tu llanto mi pobre vida,  
porque aquí estoy yo solo para adorarte;  
duérmete y no me llores, porque, dormida,  
me tendrás a tu lado para cantarte,

¡patria querida!

Porque tú me adoraste con ardimiento,  
porque tú me has amado con fe constante,  
porque tú bendeciste mi nacimiento,  
y no puedo olvidarme que, siempre amante,  
de tu brisa amorosa con el aliento

tú me arrullabas,  
cuando dormía  
sobre mi cuna,  
y me besabas  
cuando reía  
sin pena alguna,  
con la alegría

de la ignorancia,  
que el alma mía  
ya no ha gozado  
desde la infancia  
ni un solo día...

II

Mi patria es la aldeíta donde he nacido,  
donde tengo los padres que me criaron,  
donde existen aún caliente mi pobre nido,  
donde alientan los seres que me mimaron,  
donde viven las almas que me han querido,  
donde vuelan las auras que me arrullaron.

Si no fueron ingratos ni olvidadizos  
los hijos que a tus pechos se amamantaron,  
no llores tú desprecios de advenedizos,  
que de pisar tu suelo se desdeñaron,  
porque no eres la cuna de los hechizos  
donde ellos se mecieron y se criaron.

Pero tú eres la virgen ruda y bravía  
que escondes el tesoro de tu pureza,  
más clara que los rayos del mediodía,  
que tuestan tu morena gentil cabeza.

Eres la campesina que sólo ansía  
ver sin hambre a tus hijos y sin tristeza;  
por eso les regalas pan y alegría;  
y si algún hijo indigno de tu ternura  
por buscar más placeres se te extravía,  
le dices: «Come, canta, trabaja y reza,  
y no busques la senda que te hundiría  
de ignorados abismos por la aspereza.»

No llores, pues, si un hombre te quiso un día  
menospreciar acaso por tu rudeza,  
¡no, patria mía!,  
que si no eres del mundo la maravilla  
ni eres de la hermosura supremo exceso,  
eres la madre tierna, ruda y sencilla,  
que a tus hijos veneras con embeleso;  
y yo, sólo por eso, te quiero tanto,  
que hasta llamarte madre mi amor me lleva,  
y sólo tu recuerdo bendito y santo  
me hace bueno, me arrastra, y hasta me eleva

desde el pantano  
sucio y liviano  
de las pasiones,  
donde revuelcan  
encenagados  
los corazones  
desesperados  
sus ilusiones...,  
hasta la cumbre  
de paz y calma  
de las virtudes,

en cuya lumbre  
se inunda el alma  
de resplandores,  
se dignifica  
con la agonía de los dolores;  
se purifica  
con la alegría de los amores.

### III

¡Verdes lomas cubiertas de matorrales,  
laderas guarnecidas de robledales,  
nidal de negros cuervos y ruiseñores,  
praderas salpicadas de manantiales,  
archivo de recuerdos encantadores!...

¡Patria mía, que enciendes mis ideales,  
que conservas la historia de mis mayores!...,  
tú siempre has sido y eres la dulce idea  
que ilumina mis sueños de resplandores,  
que a mi espíritu enfermo cura y recrea,  
que endulza de mi vida los amargores.

Porque haya habido un hombre que ingrato sea,  
no quiero que te aflijas, ni que lo llores,  
¡plácida aldea!,  
que si a ese hombre le ha dado cuna ostentosa  
aquella tierra hermosa, cuya preseña  
borda de rubias perlas la mar furiosa  
que con salvaje arrullo la galantea,  
tú, más casta que ella, más candorosa,  
la sencillez severa que te hermosea  
guardas, como la virgen más pudorosa,  
en el arco de montes que te rodea.

No llores el desprecio del hijo ingrato  
de la altiva sultana, rica y liviana,  
que es la más lujuriosa de las mujeres;  
porque si él es el hijo de la sultana  
que emborracha sus hijos con los placeres,  
yo soy el hijo amante de la aldeana  
que alimenta sus hijos con pan moreno,  
y les dice, cual madre pobre y cristiana:  
«Come, canta, trabaja, reza y sé bueno.

Tus desventuras  
sufre con calma  
noble y sincera;  
¡y ama, si el alma  
te lo pidiera!  
Que el alma buena  
se purifica  
con la crudeza de los dolores;  
se dignifica  
con la pureza de los amores.»

### IV

Tú, patria mía, no tienes de azahar un velo,  
ni mares que te arrullen enamorados,  
ni montañas que escalen el mismo cielo,  
ni bosques con vergeles entrelazados.

Lucir tampoco puedes en tu garganta  
de nácares y perlas rica preseña;  
y aunque tú estás guardada de gente tanta  
como a la gran sultana siempre babea,  
ni la brisa marina tu frente orea  
ni puede, aunque quisieras, gozar tu planta  
las frescas humedades de la marea.

En tu suelo al viajero tampoco encanta  
la luz de inmenso faro que cabrillea,  
alumbrando al navío que se adelanta  
y en noche borrascosa se balancea  
sobre un mar encrespado que al hombre espanta,  
y que a la luz siniestra que lo platea,  
y a impulsos de la fuerza que lo levanta,  
se agita, fosforece y amarillea,  
duerme, ruge, suspira, murmura y canta.

Tú no eres la sultana que se recrea  
en la misma belleza que la agiganta,  
¡rústica aldea!...

Pero eres la aldeana trabajadora  
que, al trabajo rendido y a las fatigas,  
reclinas tu cabeza de labradora  
sobre un haz de maduras, rubias espigas,  
que este sol de Castilla calcina y dora.

Tú eres la esposa rústica, la madre sana  
más casta, más salvaje que la sultana.  
Si para ti no arrastran del mar las olas  
aderezos de nácar, de maleagrina,  
ni gárrulos concetos de barcarolas,  
tienes, en cambio, campos de mies cetrina,  
donde tú te brillantas y te arrebolas  
bajo esta meridiana luz argentina  
que, al vibrar de mil flores en las corolas,  
tiñe a trozos tu manto de purpurina,  
que Dios ha recamado con orla fina  
de claveles azules y de amapolas...

Y todo ser que bulle, murmura o trina,  
ruge, canta o se mueve sobre tu suelo,  
es la voz de un concierto que sube al cielo;  
la esencia inmaculada de aquella idea  
que siempre de ti ausente canto y evoco,

¡gárrula aldea,  
nido de un loco!...

Si son en ti dichosos tus moradores,  
no te aflijas por nada, por nada llores,  
que yo te adoro;  
¡pero guarda la vida de mis mayores,



como un tesoro  
constantemente!...,  
porque, si yo te quiero como un demente  
y te llamo en mi ausencia con hondos gritos  
desgarradores,  
¡es porque están contigo seres benditos  
que son el amor santo de mis amores!...

V

Tu sol arde en el cielo como una hoguera;  
sacude, patria mía, la cabellera  
de tus viejas encinas y tus sembrados,  
y mándame por ellos la brisa lenta  
que agite mis pulmones congestionados  
y humedezca mi boca que arde sedienta;  
que sacuda mis miembros aletargados  
y refresque mi frente calenturienta...

Ha mediado la tarde y el sol abrasa;  
la espiga suelta el grano, chasca y se tuesta;  
si corre el aura, escalda por donde pasa;  
todo ser animado duerme la siesta...

¡Cántame alguna estrofa pesada y larga,  
como las que cantabas cuando era niño...;  
arrúllame este sueño, que me aletarga,  
con un cuento de amores, en que el cariño  
me transporte a otra vida menos amarga!...

¡Oh cuéntame una historia!..., mas no una historia  
de esas que el alma queman al escucharlas;  
que labran hondos huecos en la memoria,  
y que espantan y hieren al recordarlas.

Cuéntame historias largas de trovadores,  
de bardos, de poetas y de mujeres...,  
inyecta en mi cerebro sueños de amores,  
y que, siquiera en sueños, tenga placeres...

¡Pero no! Si lo hicieras, ¡me matarías!  
Haz que ningún recuerdo mi alma taladre.  
Cuéntame lo que quieras de aquellos días  
en que sólo soñaba yo con mi madre.

Emborráchame el alma con regodeos  
y apariciones místicas de la pureza...,  
y déjame este cuerpo sin los deseos  
del ensueño letárgico de la pereza...

Duérmete tú conmigo desde esta loma  
donde ni un ser se mueve ni el aura bulle,  
y tráeme de tus montes una paloma  
que, oculta en esta encina, mi siesta arrulle.

Cántame los idilios con que regalas  
al hijo extraviado que te visita,  
y haz de tu amor de madre, con ambas alas,

un dosel en que apoye mi sien marchita...

¡Gracias, patria amorosa, gracias mil veces!  
¡Dios conserve y bendiga tus moradores!  
¡Dios de tus pobres hijos oiga las preces!  
¡Dios les dé pan, virtudes, glorias y amores!

¡Dios aleje la muerte de tu morada!  
¡Dios te dé a manos llenas dichas benditas!  
¡Dios alegre tu cielo con su mirada!  
¡Dios bendiga tus campos y tus casitas!

Tú has combatido siempre mis agonías  
con fuerzas misteriosas y celestiales;  
por eso hoy, gastado, como otros días,  
vengo a buscar de nuevo fuerzas vitales...  
¡Que se van extinguiendo mis energías!  
¡Que se van apagando mis ideales!...

Úngeme de esa esencia tan misteriosa  
que sacude la anemia de mi impotencia,  
y a mi ser da una fuerza bien poderosa  
para esta lucha horrible de la existencia.

Satura tú mi sangre con esa esencia,  
y no llores por nada, patria amorosa;  
canta y reposa,  
¡gárrula aldea!,  
duerme la siesta  
sobre esta cuesta  
que el sol caldea,  
la luz platea  
y el aura tuesta...

Y si es que, mientras lenta la tarde pasa,  
no puedes regalarme brisa más fría,  
¡bésame en esta frente, que se me abrasa,  
y ampara esta cabeza, que se extravía!...

Pero si tú me quieres,  
si tú me llamas,  
¡nuestro cariño bendito sea!  
Pero si no me adoras,  
si no me amas,  
¡¡¡dame a mi padre!!! y ¡¡¡adiós, aldea!!

**Libros Tauro**

<http://www.LibrosTauro.com.ar>